

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ERC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15
Un año. 28

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41. En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21
Un año. 38



Los oficiales, agrupados alrededor del general, y los soldados, fijos en sus filas, gritaron con todos sus pulmones : ¡ Viva el Protector! (Pág. 466, columna 4.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion.—Véase el n.º 29).

Hacia esta fuente condujo D. Tadeo á sus compañeros.

Un centenar de individuos desparramados en diferentes puntos, y que parecían aguardarle, se reunieron al verlos llegar.

—¡Vamos! preguntó D. Tadeo á Valentin; ¿cómo encuentra V. nuestro paseo?

—¡Delicioso! contestó este; como que, segun creo, no tardarán en llevar golpes. Muy pronto oírémos silbar las balas.

—Así lo espero, dijo friamente el conspirador.

—¡Ay! dijo el joven, entonces va bien!

—Va V. á asistir á un espectáculo interesante. Descuide V.

—¡Oh! para eso fio en V. Me alegro mucho de no haber desperdiciado esta ocasion. ¿Verdad que es buena?

—Si por cierto.

—Es singular lo mucho que se instruye uno viajando, añadió Valentin.

Los individuos agrupados cerca de la fuente les rodearon con las señales del respeto mas profundo.

Aquellos eran los fieles, los Corazones Sombríos, con los cuales se podia contar de una manera positiva.

—Señores, dijo D. Tadeo, la lucha va á comenzar muy pronto, y quiero, por fin, que me conozcan VV., y que sepan quien es el hombre que los manda.

Al decir esto, arrojó la careta lejos de sí.

Un estremecimiento de entusiasmo recorrió las filas de los conjurados.

—¡D. Tadeo de Leon! exclamaron con una sorpresa mezclada con una especie de veneracion hacia aquel hombre que tanto habia sufrido por la causa comun.

—¡Si, señores, contestó D. Tadeo de Leon, el mismo á quien los sicarios del tirano habian sen-

tenciado, y á quien Dios ha salvado tan milagrosamente á fin de que sea hoy el instrumento de su venganza!

Los conjurados se estrecharon tumultuosamente en torno suyo. Aquellos hombres, de impresiones espontaneas, esencialmente supersticiosos, no dudaban ya de alcanzar la victoria, puesto que tenian á su frente á aquel á quien Dios habia librado de una manera tan evidente.

D. Tadeo contaba interiormente con aquella manifestacion para aumentar el valor de los conjurados y dar aun mayor ensanche al prestigio de que disfrutaba.

El resultado habia correspondido plenamente á sus esperanzas.

—¿Está cada cual en su puesto? preguntó.

—Sí.

—¿Se han distribuido armas y municiones?

—A todos.

—¿Están hechas todas las barricadas? ¿Están cerradas las puertas de la ciudad?

—Todas.

—Está bien. Ahora esperar.

Se restableció el silencio y la tranquilidad.

Todos aquellos hombres hacia mucho tiempo que conocían á D. Tadeo, y apreciaban su carácter en su justo valor. Le habían consagrado ya una amistad, un cariño ilimitado, y entonces, que sabían ya que el Rey de las Tinieblas y don Tadeo eran una misma persona, se hallaban dispuestos á arrostrar la muerte por él.

La noticia de la manifestacion que acababa de tener efecto en la Plaza, se habia difundido por toda la ciudad con la rapidez de un rastro de pólvora, y aumentó mas aun la fermentacion que reinaba.

Durante las pocas palabras que mediaron entre el jefe de los conjurados y sus parciales, un regimiento de infanteria habia formado en batalla delante del cabildo, flanqueado á derecha é izquierda por dos escuadrones de lanceros.

—¡Atencion! gritó D. Tadeo con voz de mando.

Un estremecimiento de impaciencia recorrió las filas de los hombres agrupados en torno suyo.

—¡He! he! murmuró Valentin con la mueca burlona que le era peculiar. Esto se va marcando bien. ¡Caramba! ¡No tardaremos en divertirnos!

Las puertas del cabildo se abrieron con estrépito. Un general, seguido de un estado mayor brillante, se situó en la parte superior de la escalera grande, y luego aparecieron varios senadores, con su traje de gala, que se agruparon junto á él.

A una seña del general se oyó un redoble de tambores.

Cuando el silencio fué completo, un senador, que llevaba en la mano un rollo de papeles, se adelantó algunos pasos y se dispuso á leer.

—¿Para qué ha de perder V. el tiempo en leer todo eso? dijo el general deteniéndole por el brazo. Déjeme V. hablar.

El senador, que lo que mas deseaba interiormente, era que le dispensasen de la comision espinosa de que se habia encargado contra todo su gusto, volvió á arrollar su papel y se retiró hácia atrás.

El general se colocó en una posicion altanera, apoyó la punta de su espada en el suelo, y dijo en voz alta, que podia oirse perfectamente en todos los ángulos de la plaza, estas palabras:

—¡Pueblo y provincia de Valdivia! el Senado soberano, reunido en Congreso en Santiago de Chile, ha adoptado por unanimidad las resoluciones siguientes: 1.^a las diferentes provincias de la republica chilena compondrán Estados independientes, reunidos bajo el titulo de *Confederacion de los Estados-Unidos de la América del Sur*; 2.^a el muy valiente y escelente general Bustamante ha sido elegido protector de la Confederacion chilena. Pueblo, gritad conmigo: ¡Viva el protector D. Pancho!

Los oficiales agrupados en torno del general y los soldados formados en la plaza, gritaron con fuerza:

—¡Viva el Protector!

El pueblo permaneció mudo.

—¡Vamos! murmuró el general para sí; no es muy grande el entusiasmo.

Un hombre salió entonces del grupo reunido alrededor de la fuente, y se adelantó resueltamente hasta la distancia de veinte pasos de los soldados.

Aquel hombre era D. Tadeo de Leon. Su rostro estaba sereno, su paso era seguro y tranquilo.

Hizo una seña.

—¿Qué quiere V.? gritó el general.

—Contestar á su proclama, respondió intrépidamente el jefe de los Corazones Sombrios.

—Hable V., que ya le escucho, dijo el general.

D. Tadeo se inclinó sonriendo.

—En nombre del pueblo chileno, dijo con voz clara y acentuada, el Senado de Santiago de Chile, compuesto de criaturas vendidas al tirano, es declarado traidor á su patria.

—¿Qué se atreve V. á decir, miserable? exclamó el general lleno de cólera.

—Nada de insultos, y déjeme V. concluir la respuesta que vengo á darle, contestó D. Tadeo friamente.

El general, conmovido, á pesar suyo, por el valor heroico de aquel hombre que, solo y sin armas, delante de una triple fila de fusiles dirigidos contra su pecho, se atrevia á hablar con aquel tono altanero y firme, vencido por ese ascendiente que ejerce siempre un caracter grandioso, mordía lleno de rabia el puño de su espada.

En nombre del pueblo, continuó D. Tadeo, siempre sereno é impassible, D. Pancho Bustamante es declarado traidor á su patria, y como tal despojado de sus títulos y su poder. ¡Viva la libertad! viva Chile!

—¡Viva la libertad! viva Chile! exclamaron con entusiasmo los hombres del pueblo reunidos en la plaza.

—¡Oh! es sobrada audacia! exclamó el general lívido de furor. ¡Soldados, prended á ese rebelde!

Algunos soldados se precipitaron; pero D. Gregorio y Valentin, mas rápidos que el pensamiento, se habian adelantado hácia D. Tadeo, y le arrastraron consigo al centro del grupo.

—¡Ira de Dios! exclamó Valentin estrechándole las manos con fuerza, es V. todo un valiente y le quiero sinceramente.

Entre tanto, el general, lleno de cólera al ver que su enemigo se le escapaba, impuso silencio.

—¡En nombre del protector! dijo, entréguenme inmediatamente á ese rebelde.

Solo le contestaron algunos silbidos y gritos de burla.

—¡Fuego! mandó el general, quien ante aquella manifestacion injuriosa, comprendió que ya no se podia guardar mas prudencia.

Inclináronse los fusiles y sonó una descarga con el estrépito de un trueno.

Varios hombres cayeron muertos ó heridos.

—¡Viva Chile! viva la libertad! abajo el opresor! gritó el pueblo echando mano á cuantas armas estaban á su alcance.

Estalló una segunda descarga, seguida casi al instante de la tercera.

En un momento quedó sembrado el suelo de muertos y heridos.

Los patriotas no hicieron un movimiento para dispersarse. Por el contrario, bajo el incesante fuego de los soldados, organizaron la resistencia, y muy luego contestaron con disparos al continuado fuego por cuartas que los diezaban.

Ya estaba empeñada la lucha. Comenzaba la revolucion.

—¡Ay Dios! murmuró tristemente el general, me he encargado de una mision muy mala!

Pero soldado ante todo, y dotado en el mas alto grado de esa obediencia pasiva que distingue á los que han envejecido en el servicio de las armas, se dispuso á castigar con severidad á los sublevados, ó morir valerosamente en su puesto.

XXXI.

INDIO Y ESPAÑOL.

No era por temor, como acaso podria creerse, por lo que el general Bustamante se habia ausentado de Valdivia en los momentos en que uno de sus lugartenientes le proclamaba tan audazmente desde lo alto de la escalera del cabildo ante la multitud aterrada. El general Bustamante era uno de esos soldados de fortuna que tan á menudo se encuentran en América, acostumbrado á jugar su vida en un albur, y sin temer nada en este mundo para llegar al cumplimiento de sus proyectos. Merced á las fuerzas que habia colocado en aquella provincia remota de la republica, habia esperado que los habitantes cogidos de improviso, no opondrian sino una resistencia insignificante, y que podria unir sus tropas con las de Antinahuel, atravesar apresuradamente la Araucania, apoderarse de la provincia de Concepcion, y desde allí haciendo bola de nieve y arrastrando á sus compañeros en pos de sí, llegar á Santiago con suficiente oportunidad para anticiparse á todo movimiento y obligar á sus habitantes á aceptar como un hecho consumado la variacion de gobierno inaugurada por él en aquella provincia lejana de la republica.

Este plan no carecia ni de audacia ni aun de cierta habilidad, y ofrecia muchas probabilidades de buen éxito. Desgraciadamente, para el general Bustamante, los Corazones Sombrios, cuyos espías estaban en todas partes, habian tenido noticia de este proyecto y formado contramina, aprovechando la ocasion que les proporcionaba su enemigo de descubrir sus baterias.

Ya hemos visto en qué condiciones se habia empeñado la lucha en Valdivia entre los dos partidos.

El general, que ignoraba todavia lo que habia ocurrido, se hallaba en una seguridad y confianza completas.

Cuando se hubo quedado solo en la tienda con Antinahuel, dejó caer la cortina que la cerraba, é invitó con un gesto al Toquí á que se sentase.

—Siéntese V., jefe, le dijo; tenemos que hablar.

—Estoy á las órdenes de mi padre blanco, contestó el indio inclinándose.

El general examinaba atentamente á aquel hombre que estaba delante de él. Procuraba adivinar en su rostro los diferentes sentimientos que le agitaban, pero las facciones del jefe parecian de mármol y ninguna impresion iba á reflejarse en ellas.

—Hablemos franca y lealmente como amigos, que lo que mas desean es entenderse, dijo el general.

Antinahuel se inclinó con reserva ante aquel llamamiento que se hacia á su franqueza.

El general prosiguió:

—En este momento, el pueblo de Valdivia aclama Protector de una nueva Confederacion formada entre todos los Estados.

—Bien, dijo el jefe moviendo la cabeza con aire de dulzura, ¿está seguro de ello mi padre?

—Muy seguro. Los chilenos están cansados de las continuas agitaciones que turban el pais, me han obligado á cargar con un fardo muy pesado. Pero debo sacrificarme en aras de la patria, y no defraudaré las esperanzas que mis compatriotas fundan en mí.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de hipócrita abnegacion que no logró engañar al indio.

Una sonrisa arqueó durante un segundo los labios del jefe. El general hizo como que no veia.

—En resumen, continuó abandonando el tono dulce y conciliador que habia tenido hasta entonces, para tomar una voz breve y seca, ¿está dispuesto á cumplir su compromiso?

—¿Por qué no he de cumplirlo? contestó el araucano.

—¿Marchará V. conmigo para asegurar el buen éxito de mis proyectos?

—Que mande mi padre y obedeceré.

Esta docilidad del jefe desagradó al general.

—¡Vamos! repuso con cólera, concluyamos de una vez, que no tengo tiempo para luchar en paciencia con V., ni para seguirle en todos sus circuitos loquios indios.

—No entiendo á mi padre, contestó Antinahuel impassiblemente.

—Nunca concluirémos, jefe, dijo el general hiriendo el suelo con su pié, sino quiere V. contestarme categóricamente.

—Escucho á mi padre. Que interrogue, y yo contestaré.

—¿Cuántos hombres puede V. poner sobre las armas en el término de veinticuatro horas?

—Diez mil, dijo el jefe con orgullo.

—¿Son todos guerreros experimentados?

—Todos.

—¿Qué exige V. para dármelos?

—Ya lo sabe mi padre.

—Acepto las condiciones menos una.

—¿Cuál es?

—Que le abandone á V. la provincia de Valdivia.

—¿No va mi padre á recuperar esa provincia por otro lado?

—¿Cómo así?

—¿No he de ayudar á mi padre á conquistar Bolivia?

—Sí.

—Pues bien.....
 —Se equivoca V., jefe, no es lo mismo. Puedo aumentar el territorio chileno; pero mi honor me prohíbe que lo disminuya.
 —Reflexione mi padre. La provincia de Valdivia era antiguamente un Utal-Mapus araucano.
 —Es muy posible, jefe; pero por esa cuenta todo el Chile era araucano antes del descubrimiento de la América.
 —Se equivoca mi padre.
 —¿Me equivoco?
 —El *Incus Sinchiroca* había conquistado la tierra chilena cien años antes hasta el río Manle.
 —Conoce V. muy bien la historia de su país, jefe, observó el general.
 —¿No conoce mi padre la historia del suyo?
 —No se trata ahora de eso. ¿Acepta V. mis proposiciones, sí ó no?
 El jefe pareció reflexionar durante un momento.
 —¡Vamos! conteste V., repuso el general, que urge el tiempo
 —Es muy justo. Entoces voy á reunir un *Ancacoyog* (consejo), compuesto de los Apo-Ulmenes y los Ulmenes de mi nación, y les someteré las palabras de mi padre.
 El general reprimió con trabajo un gesto de cólera.
 —Sin duda se chancea V., jefe, dijo: sus palabras no son formales.
 —Antinahuel es el primer Toquí de su nación, contestó el indio con altanería, y nunca se chancea.
 —¡Pero si es al instante, dentro de algunos minutos, cuando ha de dar V. su respuesta! exclamó el general. ¿Quién sabe si dentro de una hora nos veremos obligados á marchar contra el enemigo?
 —Me sucede lo mismo que á mi padre. Mi deber es aumentar el territorio de mi pueblo.
 Se oyó el galope de un caballo que se acercaba. El general se precipitó hácia la entrada de la tienda, en donde acababa de aparecer un oficial de órdenes.
 El oficial tenía el rostro cubierto de sudor y algunas manchas de sangre salpicaban en diferentes puntos su uniforme.
 —¡Mi general!..... dijo con voz anhelosa.
 —¡Silencio! exclamó este señalándole al jefe, indiferente en la apariencia, pero que seguía atentamente todos sus movimientos.
 El general se volvió hácia Antinahuel.
 —Jefe, le dijo: tengo que dar á este oficial órdenes urgentes! Si V. lo permite, dentro de un momento volveremos á seguir nuestra conversación.
 —¡Bueno! contestó el jefe; que obre mi padre como mejor le parezca, que yo tengo tiempo suficiente para aguardar.
 Y despues de haberse inclinado, salió lentamente de la tienda.
 —¡Oh! dijo el general para sí. ¡Demonio! si algún día te tengo entre mis manos!.....
 Pero observando que la cólera le arrebatava en demasia, se mordió los labios, y volviéndose hácia el oficial que había permanecido inmóvil, le dijo:
 —Vamos, Diego, ¿qué noticias hay? somos vencedores?
 El oficial movió la cabeza y contestó:
 —No. El pueblo, escitado por esos demonios de Corazones Sombrios, se ha amotinado.
 —¡Oh! exclamó el general, ¿no he de llegar nunca á aplastarlos?..... ¿Qué ha ocurrido?
 —El pueblo ha levantado barricadas, y don Tadeo de Leon está á la cabeza del movimiento.
 —¡D. Tadeo de Leon! dijo el general.
 —¡Sí, el que quedó tan mal fusilado.
 —¡Oh! es una guerra á muerte!
 —Una parte de las tropas arrastradas por sus oficiales vendidos á los Corazones Sombrios, se ha pasado á ellos, y á estas horas se están batiendo encarnizadamente en todas las calles de la ciudad con los soldados leales. He tenido que atravesar por medio de una granizada de balas para venir aquí á avisar á V.
 —No tenemos que perder un instante.
 —¡No! porque si bien los soldados que le han

permanecido á V. fieles se baten como leones, debo decirle que están estrechados de cerca.

—¡Maldición! exclamó el general, no dejaré piedra sobre piedra en esa ciudad execrada.

—Si, pero ante todo tenemos que reconquistarla por entero, y es una tarea improba, mi general; se lo juro á V., contestó el viejo soldado, que había conservado su modo de hablar franco.

—¡Está bien! está bien! dijo el general; que toquen el botasilla y cada ginete llevará un soldado de infantería á la grupa.

D. Pancho Bustamante se hallaba en un acceso de furor inaudito.

Durante algunos momentos dió vueltas por la tienda, como una fiera en su jaula. Aquella resistencia imprevista, no obstante las medidas de precaucion que había adoptado, le irritaba.

De pronto se levantó la cortina de la tienda.

—¿Quién está ahí? gritó. ¡Ah! ¿es V., jefe? Vamos, ¿qué contestará V. al fin?

—He visto salir al jefe, y he creído que acaso no sentiria mi padre verme, contestó Antinahuel con su voz cautelosa.

—Es muy justo; tiene V. razon, y en efecto, me alegro mucho de verle. Olvide V. todo lo que hemos dicho, jefe. Acepto todas sus condiciones.

¿Está V. satisfecho ahora?

—¿Y tambien la de Valdivia?

—Esa sobre todo, dijo el general con una rábia sorda y concentrada.

—Si, estoy satisfecho.

—Bien, y como esa provincia está sublevada, para que yo se la dé á V., es preciso que la obligue á entrar de nuevo en sus deberes, ¿no es verdad?

—En efecto.

—Pues bien; como tengo empeño en cumplir lealmente los compromisos que contraigo para con V., voy á partir sin dilacion contra ella. ¿quiere V. ayudarme á someterla?

—Si, es muy justo, puesto que voy á trabajar para mi.

—¿Cuántos ginetes tiene V. disponibles?

—Mil doscientos.

—Bien, dijo el general, son mas de los que se necesitan.

En aquel momento apareció Diego.

—Las tropas están dispuestas, dijo, y solo aguardan las órdenes de V. E., mi general.

—Entonces, ¡á caballo! marchemos, marchemos! ¿Y V., jefe, me acompañará?

—Que marche mi padre. Mis mosetones y yo seguiremos sus huellas.

Diez minutos despues, el general Bustamante, con todos sus soldados, se encaminaba á galope á Valdivia.

Antinahuel le siguió durante algun tiempo con la vista con la mayor atencion. Luego se reunió con sus Ulmenes, diciendo entre dientes:

—Dejemos un poco á esos *moro-huincas* que se destruyan entre sí. Siempre habrá tiempo para llegar con oportunidad.

XXXII.

EN LA MONTAÑA.

Doña Rosario sintió tal terror, y se apoderó de ella tal emocion cuando vió caer bajo el puñal de los asesinos al conde de Prebois-Crancé, que se desmayó.

Cuando recobró el sentido era ya entrada la noche.

Durante algunos instantes mil pensamientos confusos se agitaron tumultuosamente en su cerebro. Buscó durante mucho tiempo, en vano, el modo de reanudar el hilo de sus ideas, roto de una manera tan brusca. Al fin brilló la luz en su imaginacion. Lanzó un suspiro profundo y murmuró en voz baja y llena de terror:

—¡Dios mio! Dios mio! ¿qué sucede?

Luego abrió los ojos y dirigió en torno suyo una mirada llena de desconsuelo.

Ya lo hemos dicho, era enteramente de noche; pero lo que hacia aun mas densas las tinieblas para la jóven, era que una pesada manta se hallaba tendida sobre ella y cubria su cara.

Entonces con esa paciencia que caracteriza todos los prisioneros, y que en ellos no es mas que el instinto de la libertad, la pobre niña procuró enterarse de su posicion.

Segun le fué dado calcular, se hallaba tendida á lo largo sobre el lomo de una mula, entre dos fardos. Una cuerda pasada en torno de su cintura impedia que se levantase, pero sus manos se hallaban libres. La mula tenia ese trote duro é irregular, peculiar de su especie, y que á cada paso hacia sufrir horriblemente á la jóven.

Habian echado sobre ella una manta de caballo, sin duda con el fin de guarecerla del abundante rocío de la noche, ó quizás para impedir que se enterase del camino que seguian.

Doña Rosario, con la mayor suavidad y blandura, y empleando las mayores precauciones, hizo escurrir la manta de modo que dejase libre su rostro.

Despues de algunos esfuerzos, su cabeza quedó completamente desembarazada.

Entonces miró.

Las tinieblas eran muy densas.

La luna, velada constantemente por nubes que pasaban sobre su opaco disco, solo á raros intervalos derramaba un resplandor débil y vacilante.

La jóven, alzando dulcemente la cabeza, distinguió á varios ginetes que caminaban delante y detrás de la mula que la llevaba.

Segun le fué posible conocer en medio de la oscuridad que la envolvía, los ginetes eran indios.

La caravana bastante numerosa, pues parecia componerse de unos veinte individuos, seguia un sendero angosto, profundamente encajonado entre dos montañas áridas cuyas masas pedregosas, reflejándose sobre el camino, aumentaban mas aun las tinieblas.

Aquel sendero subia por una pendiente bastante suave. Los caballos y las mulas, cansados probablemente por una caminata larga, iban al paso. La jóven, que apenas acababa de recobrar de su desmayo, no había podido calcular el tiempo trascurrido desde su rapto. Sin embargo, reuniendo sus recuerdos y teniendo en cuenta la hora en que había sido victima de aquel rapto odioso, calculó que habrian trascurrido doce horas desde que se hallaba prisionera.

La pobre niña, vencida por los esfuerzos que se había visto obligada á hacer para mirar en torno suyo, dejó caer de nuevo su cabeza, ahogando un suspiro de desaliento, y cerrando los ojos como para aislarse mas aun, quedó sepultada en tristes y profundas meditaciones.

Ignoraba con quien se hallaba.

Verdad es que muchas veces D. Tadeo la había hablado de un enemigo terrible, encarnizado para perseguirla, de una mujer cuyo odio la amenazaba incesantemente, dispuesta á sacrificarla en la primera ocasion favorable.

¿Pero quién era aquella mujer?

¿Cuál era la causa de aquel odio?

¿Se hallaba á la sazón en manos de aquella mujer?

Y si era así, ¿por qué no la había sacrificado ya á su venganza?

¿Por qué motivo la había dejado la vida?

¿Qué suplicio era, pues, el que la reservaba?

Estos pensamientos y muchos mas agitaban en gran multitud la cansada imaginacion de la jóven.

La incertidumbre era para ella un tormento atroz en aquel momento. Acaso la verdad habría sido casi un consuelo.

Así es el hombre: lo que mas teme es lo desconocido.

Lo que ignora toma instintivamente, para los ojos de aquel á quien amenaza un peligro terrible, proporciones gigantescas mil veces mas espantosas que el mismo peligro.

La imaginacion enferma se crea fantasmas que la realidad, por horrible que sea, hace desvanecer.

En una palabra, el reo que marcha al suplicio sufre mas por la ansiedad que le inspira el temor de la muerte que le espera, que por el dolor que

le ha de causar el padecimiento físico de la misma muerte.

Tal era en aquel momento la situación de doña Rosario. Su imaginación, llena de inquietud y de sombríos presentimientos, la hacía temer sufrimientos incalificables, cuya sola idea helaba la sangre en sus venas.

La caravana seguía andando.

Habían salido del barranco y subían un sendero abierto en las orillas de un precipicio, en cuyo fondo se oía bramar con sordos murmullos un agua invisible.

Algunas veces una piedra oprimida por las herraduras de una mula, se desprendía y rodaba con siniestro ruido por la falda de la montaña, é iba á sepultarse en el precipicio con un ruido lugubre que subía desde el abismo.

El viento silbaba entre los pinos y las malezas cuyas ramas chocaban entre sí y hacían llover un diluvio de hojas secas sobre los viajeros.

Algunas veces el buho ó el mochuelo, ocultos en el hueco de las rocas, lanzaban en medio de la noche sus notas lastimeras, é interrumpían tristemente el silencio.

Se oyeron á lo lejos ladridos furiosos que gradualmente se fueron acercando, concluyendo por formar un concierto espantoso, interrumpido por la voz chillona de mujeres y de niños que intentaban apaciguarlos. Brillaron algunas luces y se detuvo la caravana.

Era evidente que habían llegado á la parada escogida para pasar el resto de la noche.

La joven dirigió con precaución una mirada inquieta en derredor suyo; pero la llama de las hachas de viento, agitada por el aire, solo la permitió distinguir los sombríos perfiles de algunas caras, y las sombras de varios individuos que se agitaban en torno suyo con gritos y risotadas.

Nada más.

Los hombres de la escolta se ocupaban, con gritos y juramentos, en quitar las sillas á los caballos y descargar los fardos, sin que pareciese que hacían caso alguno de la joven.

Trascurrió un espacio de tiempo bastante largo. Doña Rosario no sabía á qué atribuir aquel olvido incomprendible.

Al fin sintió que un individuo cogía la mula del ramal y oyó gritar con voz ronca.

—¡Arre!.....

Esa palabra con que los arrieros acostumbran á animar á sus caballerías.

Según eso, se había equivocado. No era allí donde habían de detenerse.

Pero entonces, ¿qué significaba aquella parada?

¿Por qué la abandonaba una parte de la escolta? Su incertidumbre no fué esta vez de mucha duración, pues al cabo de diez minutos, lo más, la mula volvió á parar.

El hombre que la conducía se acercó á doña Rosario. Aquel hombre vestido con el traje de los huasos ó campesinos chilenos, llevaba en la cabeza un sombrero viejo de paja del Panamá, cuyas anchas alas, caídas sobre su rostro, impedían que se distinguiesen sus facciones.

Al ver á aquel individuo, la joven experimentó un sentimiento de terror.

El labriego, ó el que lo parecía, sin dirigirla una palabra, quitó la manta que la cubría, desató la cuerda que rodeaba su cintura, y tomándola entre sus brazos con tanta facilidad como si hubiera sido un niño, se la llevó, estremecida de terror, á una cabaña que se alzaba solitaria á algunos pasos de allí, y cuya puerta, enteramente abierta, parecía convidarles á que entrasen.

El interior de la cabaña estaba oscuro. La joven fué depositada en el suelo con una precaución y un cuidado que estaba muy lejos de esperar.

En el momento en que el hombre la dejaba deslizarse en tierra, inclinó su cabeza hacia ella y con voz tan débil como un suspiro la dijo estas palabras al oído:

—¡Valor y esperanza!

Y levantándose presuroso, salió con viveza de la cabaña cuya puerta cerró en pos de sí.

Tan luego como doña Rosario se quedó sola, se enderezó y de un salto se puso de pie.

Aquellas dos palabras que la había dicho el desconocido, bastaron para restituirla su presencia de ánimo y quitarla todos sus temores.

¡La esperanza! esa panacea universal, ese bien supremo que Dios, en su inagotable misericordia, ha dado á los desgraciados para ayudarles á sufrir, había vuelto á entrar súbitamente en su corazón. Entonces volvió á ser fuerte y á hallarse dispuesta á empeñar la lucha contra sus enemigos desconocidos.

Sibia á la sazón que un amigo velaba por ella en la sombra, y que en un caso dado, no la faltaría su apoyo. Por eso no fué ya con temor, sino con impaciencia, como aguardó á que sus raptos le dijese su voluntad.

El sitio en que estaba encerrada se hallaba sepultado en una oscuridad completa. En los primeros momentos, en vano intentó distinguir cosa alguna en aquel caos; pero gradualmente se acostumbraron sus ojos á las tinieblas, y en frente de ella vió un resplandor débil que penetraba por las tablas mal unidas de una puerta.

Entonces, con precauciones infinitas para no despertar la atención de los guardianes invisibles, que acaso la acechaban, tendió los brazos hacia adelante para no chocar contra cualquier obstáculo que no pudiese ver, y se adelantó cautelosamente, prestando atento oído al ruido más leve, hacia la parte en que brillaba el resplandor de la luz que la atraía por instinto, como la llama atrae á la mariposa imprudente que en ella se quema las alas.

Cuanto más se acercaba, más brillante se tornaba el resplandor y llegaba hasta ella un ruido de voces.

Al fin, sus brazos estendidos tocaron en la puerta, se inclinó hacia adelante, y arrojó un ojo al nivel de la rendija. Ahogó un grito de sorpresa, y como en aquel momento comenzaba de nuevo la conversación interrumpida por un instante, escuchó.

XXXIII.

EN ACECHO.

En efecto, lo que oía, y sobre todo lo que veía, había de interesarla poderosamente.

En una sala bastante estensa, débilmente iluminada por una de esas velas de sebo amarillas que los chilenos usan, fija en la pared por medio de grasa cuajada, una mujer, joven todavía, muy hermosa, y vestida con un traje de montar de gran riqueza, se hallaba sentada en un sillón de ébano forrado de cordobán. Con la mano derecha agitaba un latiguillo con puño de oro cincelado, y hablaba con cierta animación á un hombre que se mantenía respetuosamente de pie delante de ella con el sombrero en la mano.

Aquel hombre, según pudo colegir doña Rosario, era el mismo que la había encerrado en el cuarto en que se hallaba.

Aquella mujer, á quien doña Rosario no recordaba haber visto en tiempo alguno, no era sino doña María, la cortesana desvergonzada que, bajo el nombre de la Linda, disfrutaba de tan escandalosa celebridad.

El sitio que ocupaba doña Rosario hacia que la luz de la llama diese de lleno en su rostro, y la permitiese distinguir sus facciones.

Doña Rosario la contemplaba con avidez, porque sentía instintivamente que aquella mujer era la enemiga que desde su nacimiento la había perseguido de un modo fatal. Comprendía que entre el desconocido y ella iba á tener lugar una conferencia suprema, y que dentro de algunos minutos se decidiría su suerte.

Y sin embargo, al ver á aquella mujer cuyas cejas contraídas, cuya mirada clara y altanera, cuyos labios friamente arqueados y cuyas palabras crueles dejaban desbordar á torrentes el odio que la devoraba, no era un sentimiento de terror ni de aborrecimiento lo que experimentaba la joven. Sin querer, una tristeza y una compasión indefinibles se apoderaron de ella respecto de aquella mujer que daba en aquel momento ór-

denes que la hacían estremecer. Escuchaba cuidadosamente, fascinada, sin tratar de comprender lo que oía, sin saber si era realmente cierto, y creyendo algunas veces que se hallaba bajo la impresión de una pesadilla espantosa.

Los dos interlocutores, muy ajenos de que nadie los escuchase ni espíase, continuaban su conversación en alta voz.

Doña Rosario no perdía una sola palabra.

—¿Cómo es, preguntó la Linda al hombre que estaba delante de ella, que no ha venido Juan? ¿A él era á quien yo esperaba?

—El hombre interpelado de esta manera dirigió una mirada en torno suyo, arrollando entre los dedos las alas de su sombrero, y contestó con un embarazo mal disimulado.

—Juan me ha enviado en su lugar.

—¿Y con qué derecho, dijo la Linda con tono altanero, se permite ese tuno de confiar á otro el cuidado de cumplir las órdenes que yo le doy?

—Juan es amigo mío, repuso el hombre.

—¿Y qué me importa á mí, repuso ella con una sonrisa de desprecio, los vínculos que os unan á ambos?

—El encargo que le había V. confiado se ha hecho.

—¿Se ha hecho fielmente?

—La mujer está ahí, dijo el hombre, designando con el dedo el cuarto donde se hallaba doña Rosario; en el camino con nadie ha hablado y puedo certificar que ignora el sitio á que la han conducido.

—Al oír esta seguridad, los ojos de doña María se dulcificaron algún tanto y fué ya con voz menos breve y orgullosa como replicó:

—¿Pero por qué le ha dejado á V. Juan en su sitio?

—¡Oh! dijo el hombre con un aire bonachón fingido, que se hallaba en contradicción con su mirada astuta, por una razón muy sencilla; Juan se halla atraído en este momento hacia la llanura por los ojos negros de la mujer de un rostro pálido que brillan como gusanos de luz en la oscuridad de la noche. El toldo de esa mujer está edificado en el campo, en los alrededores de la toldería que llaman VV., según creo, Concepción. Aunque esa conducta es indigna de un guerrero, su corazón vuela incesantemente hacia aquella mujer, casi á pesar suyo, y mientras no haya logrado apoderarse de ella, no volverá á tener juicio.

—Pues bien, entonces dijo la Linda interrumpiéndole y golpeando el suelo con su pié con un ademán de despecho, ¿por qué no la roba ese imbécil?

—Ya se lo he propuesto.

—¿Y qué ha dicho?

—Se ha negado á hacerlo.

Doña María se encogió de hombros, mientras que una sonrisa de desden arqueaba sus labios.

—Pero todo eso no me dice quién es V., replicó.

—Yo soy un Ulmen en mi tribu, un gran guerrero entre los puelches, contestó el hombre con orgullo.

—¡Ah! dijo la Linda con satisfacción, ¿es V. un Ulmen de los puelches? Bueno. ¿Puedo contar con su fidelidad?

—Soy amigo de Juan, repuso él con sencillez é inclinándose con respeto.

—¿Conoce V. á esa mujer á quien ha traído? le preguntó lanzándole una mirada de desconfianza.

—¿Cómo he de conocerla?

—¿Está V. dispuesto á obedecerme en un todo?

—Mi obediencia dependerá de mi hermana, que hable y contestaré.

—Esa mujer es mi enemiga, dijo la Linda.

—¿Es preciso que muera? preguntó con sangre fría aquel hombre, sin bajar los ojos ante la mirada penetrante de la Linda.

—Nada de eso, exclamó esta con viveza. Estos indios son unos brutos que no entienden la venganza. ¿Que me importa su muerte? Su vida es la que yo quiero.

—Esplíquese mi hermana, pues no la entiendo.

—La muerte no es mas que algunos momentos de sufrimiento, y luego concluye todo.

—La muerte blanca puede ser, pero á la muerte india es preciso llamarla muchas horas antes de que conleste.

—Quiero que viva, le dijo.

—¡Vivirá!.....

Y añadió con un suspiro:

—El toldo de un jefe está vacío, su hogar está apagado.

—¡Oh! oh! exclamó la Linda interrumpiéndole: ¿no tiene V. mujeres?

—Han muerto.

—¿En qué sitio se encuentra su tribu en este momento?

—¡Ah! dijo el indio, muy lejos de aquí, á diez soles de marcha por lo menos, y volvía á reunirme con los guerreros de mi toldería, cuando Juan me encargó que le sustituyese.

Hubo un momento de silencio.

La Linda reflexionaba.

Doña Rosario escuchó con doble atención, pues comprendía que iba á conocer su suerte.

—Y á V., repuso doña María fijando en su interlocutor una mirada interrogadora, ¿qué interés tan grande le detiene en las llanuras de la orilla del mar?

—Ninguno. Había venido como los otros Ulmenes, para la renovación de los tratados.

—¿No tiene V. otras razones?

—Ninguna otra.

—Escuche V., jefe, ¿sin duda habrá admirado esos cuatro caballos que están atados en la puerta de esta casa?

—¡Son nobles animales! contestó el indio, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Pues bien, solo de V. depende el que se los dé.

—¡Oh! oh! exclamó con júbilo: ¿qué hay que hacer para eso?

La Linda se rindió y dijo:

—Obedecerme.

—¡Obedeceré! contestó el indio.

—¿Sea lo que quiera lo que yo le mande?

—Sea lo que quiera lo que me mande mi hermana.

—Bien, pues acuérdesse V. de lo que voy á decirle: si intenta V. engañarme, mi venganza será cruel, terrible, y le seguirá á todas partes.

—¿Por qué he de engañar á mi hermana?

—Porque vuestra raza india es así: astuta y siempre dispuesta á hacer traición.

Un relámpago siniestro brilló en los ojos del guerrero puelche. Sin embargo, contestó con voz serena:

—Mi hermana se engaña. Los araucanos son leales.

—Allá veremos, repuso ella. ¿Cómo se llama V.?

—El Raton.

—Pues bien, escuche V. Raton, lo que voy á decirle.

—Mis oídos están abiertos.

—Esa mujer que, con arreglo á mis órdenes espresas ha conducido V. aquí, no ha de volver á ver las llanuras de la orilla del mar.

—Nunca mas las verá.

—No quiero que muera, ¿oye V.? Es preciso que padezca, dijo con un acento que hizo estremecer de espanto á la desventurada jóven.

—Padecerá.

—Si, dijo doña María, cuyas pupilas brillaban ardientes, quiero que durante una serie prolongada de años sufra un martirio de todos los instantes, de todos los minutos. Es jóven, tendrá tiempo suficiente para llamar en vano á la muerte á fin de que la libere de sus males, antes de que esta se digne escucharla. Mas allá de las montañas, muy lejos, en los desiertos, despues de las Selvas Virgenes del *Grou-Chaco*, dicen que existen hordas de indios feroces y sanguinarios que profesan un odio mortal á todo cuanto pertenece á la raza blanca.

—Si, dijo melancólicamente el puelche, he oido hablar de esos hombres á los ancianos de mi tribu. No viven sino de asesinatos.

—¡Eso es! dijo la Linda con una alegría siniestra. Pues bien, jefe, ¿se cree V. capaz de

atravesar esos desiertos estensos y llegar al *Grou-Chaco*?

—¿Por qué no he de hacerlo? contestó el indio levantando la cabeza con orgullo. ¿Existen obstáculos bastante fuertes para detener al guerrero araucano en su carrera? El puma es el rey de los bosques, el buitre lo es del cielo; pero el Auca es el rey del puma y del buitre. El desierto es suyo. *Guatechá* se lo ha dado. Su caballo y su lanza le hacen ser invencible y dueño de la inmensidad.

—¿Segun eso, mi hermano verificará ese viaje que está reputado como imposible?

Una sonrisa de desden brilló por un instante en los labios del guerrero salvaje, y dijo:

—Le verificaré.

—Bueno, mi hermano es un jefe. Ahora lo conozco.

El puelche se inclinó con aire modesto.

—Mi hermano irá, pues, allí, y cuando haya llegado al *Chaco*, venderá la jóven pálida á los *Guayacurus*.

El indio no dejó ver en su rostro señal alguna de sorpresa, y contestó:

—La venderé.

—Bien. ¿Será fiel mi hermano?

—Soy un jefe y no tengo mas que una palabra. Mi lengua no está partida. ¿Pero por qué razón llevar tan lejos á esa mujer pálida?

Doña María le dirigió una mirada penetrante. Una sospecha cruzó por su mente, y el indio la observó.

—No hacia mas que una simple observación á mi hermana; en último resultado me importa muy poco, y solo me contestará si lo juzga conveniente, dijo con la mayor indiferencia.

La frente de la Linda se serenó.

—Esa observación es justa, jefe, y contestaré á ella. ¿Por qué conducirla tan lejos, me ha dicho V.? Porque Antinahuel ama á esa mujer. Su corazón se ha ablandado respecto de ella, y acaso se dejaría enternecer por sus ruegos, ó la restituiría á su familia, y eso es lo que yo no quiero que suceda. Es preciso que esa jóven llora lágrimas de sangre; que su corazón se destruya bajo los esfuerzos incansables del dolor; que lo pierda todo, en fin, hasta la esperanza.

Al pronunciar estas últimas palabras, doña María se había levantado. Con la cabeza erguida, la mirada chispeante y el brazo estendido, ofrecía un aspecto fatal que asustó al mismo indio, tan difícil de conmover.

—Váyase V., le dijo con tono de mando. Antes de que se marche para siempre, quiero ver á esa mujer una vez; solo una, y hablarla durante algunos momentos. Es preciso, siquiera, que me conozca. Traígamela V.

El indio salió sin replicar. Aquella mujer hermosa y tan cruel, le aterraba, le horribaba.

Doña Rosario, al oír aquella sentencia espantosa pronunciada friamente contra ella, había caído al suelo medio desmayada.

XXXIV.

FRENTE Á FRENTE.

La puerta del cuarto en que doña Rosario se hallaba encerrada, se abrió bruscamente y apareció en ella el guerrero puelche. Llevaba en la mano una lámpara tosca de barro, cuya llama, aunque débil, permitía que se distinguiesen los objetos.

Aquel hombre había puesto sobre su cabeza el destrozado sombrero cuyas alas anchas servían para ocultar sus facciones.

—¡Venga V.! dijo á la jóven con tono áspero.

Esta, al conocer la inutilidad de una resistencia que no podía menos de ser peligrosa para ella en medio de los bandidos que la rodeaban, inclinó la cabeza con resignación y siguió silenciosamente á su guía.

Doña María había vuelto á ocupar su sitio en el sillón. Con los brazos cruzados y la cabeza doblada sobre el pecho, se hallaba sepultada en una meditación sombría.

Al oír el leve ruido de los pasos de la jóven,

se enderezó. Un relámpago de odio brilló en sus ojos, y con un gesto mandó al indio que se retirase.

El puelche obedeció.

Las dos mujeres se examinaban con avidez. Sus miradas se cruzaban.

El milano y la paloma se hallaban frente á frente.

Un silencio sepulcral reinaba en la habitación. A cortos intervalos el viento penetraba con ligeros murmullos por entre las desunidas tablas de las puertas; agitaba la casa hasta en sus cimientos, y hacia vacilar la única vela que alumbraba melancólicamente la estancia en que se hallaban reunidas las dos mujeres.

Al cabo de un espacio de tiempo bastante largo, la Linda, que con ese instinto que poseen las mujeres en tan alto grado, había analizado una por una las innumerables bellezas de la encantadora criatura que se mantenía temblorosa y encorvada delante de ella, tomó la palabra.

—Si, dijo con voz sorda, como hablándose á sí misma y vencida por la evidencia, esa muchacha es hermosa; tiene todo lo que puede hacerle ser adorable. Basta con verla para amarla. Pues bien; esa belleza, que hasta hoy ha constituido su alegría y su orgullo, el dolor la marchitará rápidamente. Quiero que antes de un año sea un objeto de desprecio y de compasión para todos.

Y añadió con voz vibrante:

—Por fin tengo en mi mano la venganza.

—¿Qué he hecho á V., señora, para que tanto me aborrezca? dijo la jóven con una voz plañidera, cuyo timbre dulce y melodioso hubiera enternecido á cualquiera otra que no hubiese sido aquella á quien se dirigía.

—¿Qué me has hecho, loca criatura? exclamó saltando como una leona herida y colocándose estremecida delante de doña Rosario: ¿qué me has hecho?

Y luego añadió con una carcajada estridente

—¡Es verdad! tú nada me has hecho.

—¡Ay Dios! Señora, no la conozco á V. Hoy me encuentro por primera vez en su presencia. Yo, pobre jóven cuya vida ha transcurrido hasta ahora en el retiro, ¿puedo acaso haber ofendido á V.?

Doña María la miró durante un momento con una expresión indefinible.

—Si, convengo en ello, contestó; tú nada me has hecho personalmente, como acabas de decirme. Nada tengo que echarte en cara. ¿Pero no comprendes que al hacerte sufrir es de él de quien quiero vengarme.

(Se continuará.)

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 29).

—¡Ah! gritó Buxtof con el corazón destrozado, si!..... le conozco, es mi hermano! ¡Si!..... mi hermano, gran Dios! Todo lo comprendo; ¡qué horror!..... qué horror!..... ¡Y es este el castigo que me reservabais! ¡Oh! yo voy á abrazar á mi pobre hermano..... pero ¿qué es esto? No puedo..... estoy sin fuerzas..... ¿qué será el ardor que devora mi existencia?

—¿No os acordais, Buxtof, de los brindis?

Una palidez mortal holló el semblante de Buxtof.

—¡Y qué, amigo mio! prosiguió Frari con inaudito sarcasmo; ¿no sospechasteis que os podía envenenar?

—¡Ah!..... ah! el veneno! articuló Buxtof; pero no moriré sin abrazar á mi hermano! ¡Perdon, hermano mio! yo soy tu asesino! yo ayudé á ese monstruo en su venganza! si..... es un monstruo! una pantera!.....

Y se fué á lanzar á la escalera del torreón; empero todo su cuerpo se estremeció agitado como por una chispa eléctrica, convulsivo, jadeante, destrozado por intensos dolores, cayó al

suelo crispado y dando diente con diente de temblor.

— ¡Dios mio! mi sobrina! mi hermano.....
¡Cuántos recuerdos se agolpan á mi cabeza!.....
¡Ay!.....

Y revolcándose en medio de agudos y sofocados chillidos cerró los ojos para siempre.

— ¡Muerto! exclamó Frari.

Y sus labios se entreabrieron.

Una carcajada infernal resonó á continuacion bajo aquellas fatidicas y denegridas bóvedas.

Era la esplosion de los sentimientos que se agitaban como un torbellino en la existencia de Frari.

— ¡Geminiano! exclamó con voz de trueno ¿comprendes ya la clase de espectáculos que te reservo para vengarme?

E inclinándose sobre la caja con la fria impasibilidad de la muerte:

— ¡No perecerás! dijo; pero tus tormentos serán inmensos!.....

¿Cómo podria yo de otro modo vengar la vida miserable que arrostró?

Los ojos de Geminiano brotaron sangre.

Pero sus párpados se cerraron como abrumados por losas sepulcrales, y sus labios crispados hicieron un gesto de inesplicable desesperacion.

Hay penas tan grandes que no se espresan con ninguna palabra. Son como los volcanes sin cráter, que abrasan en silencio las entrañas de la tierra.

Por los alrededores del castillo se percibia un ligero rumor á la manera del viento entre las hojas de los árboles.

Conoció Frari que alguien se acercaba, y tomando en brazos la caja, desapareció por la puerta secreta.

Luego volvió, asió á la jóven de la cintura y terciándose al hombro con dulce suavidad, se internó en el fondo del vestibulo, al mismo tiempo que se oian voces en el patio.

Un instante despues algunos marinos recogian el cuerpo inanimado de Buxtof, á quien Frari habia ya depositado un dia antes de la cartera que se encontró en el hotel de Stalimini en Patras.

CAPITULO X.

EL ANGEL MALO.

Bajando la escalera que existia bajo la baldosa marmórea de la chimenea del cuarto secreto del castillo Negro, se podia ver una larga y sombría galeria cuya bóveda estaba tapizada de raído terciopelo oscuro, restos de la antigua grandeza de que aquellos sitios se rodeara un dia.

Dirémos de paso que aquel subterráneo presenció muchos clubs cuando el padre de Frari, á quien pertenecia el castillo, aspiraba al mando de la terrible república veneciana.

En medio de una pared de la galeria habia una puerta y en el fondo otra á cada lado.

Trás la puerta primera se destacaba un calabozo oscuro y estrecho.

A la sazón no tenia mas muebles que dos sillas de junco y una mesa, sobre la que ardia una pequeña lámpara cuyos rayos mortecinos iluminaban un modesto lecho.

Sentada en una silla y con el rostro sepultado entre las palmas de las manos y los codos apoyados en la mesa, se podia contemplar á la desventurada Delia.

El cabello se desprendia sobre su torneado cuello en desórden y hermosos rizos, densa nube oprimia su mente y una agitacion nerviosa estremecia de cuando en cuando sus encantadores brazos.

¡Cuánto sufría! cuántos tormentos apuraba la infeliz en el silencio mas inminente!

No podia apartar del corazon la imágen de su no menos infortunado padre, tendido como un muerto en el ataúd.

Entonces cuando meditaba en las palabras misteriosas de Frari, en la carta que este le presentó á nombre de su padre, en el inesperado suicidio de Crovertó, la jóven veía en todo el poder tremendo de una mano infernal.

¿Por qué coincidencia, se preguntaba, el ca-

pitán del buque no habia tomado la defensa á favor de un hombre á quien habian encerrado ignominiosamente en una estrecha caja? por qué Frari se regocijaba en atormentar á su padre? y cómo su padre se habia dejado coger por un monstruo semejante? qué antipatia existia entre los dos? y de qué manera habia llegado al castillo antes que ella? en qué buque fué transportado? y si se verificó en el que Buxtof capitaneaba, cómo no leyó su nombre en el rol de los pasajeros?

Por mas que la jóven reflexionaba, no acertaba con una solución lógica, y su cabeza se desvanecía.

¿Y qué iba á ser de ella? qué de su padre?

Estas eran las preguntas á las que la jóven perdía la serenidad como el marino cuando ve hundirse el buque y sellarse los horizontes con nuevas y mas imponentes nubes.

Levantó la infeliz su frente y entonces se pudo leer sobre aquella arrugada, pero graciosa tez, los acerbos pensamientos que devoraban su alma en un fuego íntimo, intenso, calenturiento.

Sin energia para sostener la cabeza, recostó la sien sobre un hombro, y cruzando las manos sobre el pecho, este pareció desgarrarse en un suspiro de agonía.

La puerta del calabozo giró sobre los gastados pñinos, y Delia arrojó un grito reconcentrado de espanto.

Tenia ante sí á Frari, vestido con una túnica sujeta con un cinturon, del cual le pendia un puñal con dos iniciales.

Su rostro estaba encapotado y su cabello en desórden.

— ¿Por qué venis á aumentar mi dolor? dijo la jóven estendiendo las manos hácia él como si quisiera repelerle.

— ¿Tanto me aborreceis, bella niña?

— ¡Dios mio! Dios mio! este no es un hombre! ¿Será posible que disfrute con las lágrimas de los demás?

— Yo no tengo corazon sino para amaros, Delia; ¿os acordais de la noche en que vuestro novio se suicidó? Digo vuestro novio, porque me consta que lo era. ¡Ah! desde la noche que os robó y al bajaros por la escala estampó sobre vuestra frente un beso de fuego; ¿creeréis que se apoderó de mi un amor insensato?

— Pero ¿quién sois? quién sois?

— Soy nada mas que una víctima de vuestro padre.

— ¡Ah! ¿y llevais vuestra crueldad hasta el extremo de sepultarle con vida? y llevais vuestro rencor hasta su hija?

— No; yo os amo y nada mas, respondió Frari dando un paso en la habitacion; yo os amo, y por eso os tengo encerrada. ¿Pensais que no me pertenecéis?

— ¡Yo perteneceros! yo!.....

— ¡Pobre niña! no sabe que aquí todo me obedece! no sabe que aquí yo soy el Dios!

— El verdugo podrá disponer de la vida de la víctima, pero la víctima jamás es suya.

— ¿Será necesario que os diga que no tengo mas que estender el brazo y cumplir mi voluntad? será necesario que os repita que hasta vuestra voluntad es mia?

— Pero en fin, ¿qué quereis de mi? balbuceó aturdida la niña.

— Quiero que me améis, quiero que me digais que sois mia, quiero que veais por mis ojos y que sintais por mi alma. ¡No es verdad que es bien poca retribucion en cambio del cariño inmenso, insufrible, que os tributo en lo mas profundo de mi existencia!

Y Frari se acercó á la jóven.

La jóven retrocedió espantada.

— ¡Oh! retiraos, no seais cruel! murmuró palideciendo; ¿qué os he hecho yo para que así me persigais? qué cruza vuestro corazon que no se condele de mis desgracias?

— ¿Y qué daño os hago yo con mi amor? tan desdeñosa sois que no admitis los suspiros que como aromas de cariño se exhalan de mi pecho?

— Vuestro pecho es horrible, es un infierno; ¿y sois tan loco que aspirais á que le ame?

— Delia, acordaos de que no tengo mas que

estender la mano y fijar la mirada para que una cosa me pertenezca.

— ¡Eso es monstruoso!

— Pero sencillo y natural, añadió Frari.

— Decidme, ¿teneis vos alma? preguntó Delia desencajada.

— Os he dicho que no tengo corazon sino para amaros, y añado que no tengo alma sino para pensar en vos. ¡Sois tan hermosa! es tan suave la tez aterciopelada de vuestras mejillas!

— Vamos no deis lugar á que me vuelva de mente si es que no estoy soñando. ¿Por qué martirizais á mi padre?

— ¿Deseais que vuestro padre respire en libertad? deseais que disfrute una felicidad sin limites? Una palabra de esos encantadores labios es para mí una orden, no lo olvideis, bella mia. ¿Por qué no pronunciáis esa palabra? es que poneis en duda mi cariño? ¡Ah! si vos me amaseis tanto! si vos me llegaseis á amar siquiera!

— ¡Yo estoy absorta! balbuceó la jóven.

— ¿Qué os maravilla, prenda mia? os inspira quizá repugnancia mi exterior? ¡Ay! ¿Por qué no pensais que mi amor seria para vos un tesoro de risueños goces?

— La jóven se indignó, y tendiendo las manos hácia la puerta:

— La ira se ha rebosado en mi alma, ¡salid! exclamó con voz segura y casi tonante, ¡salid!

— ¿Tan cruel sois conmigo?

— ¿Teneis vos compasion de mí?

— Yo os adoro.

— Y yo os detesto, os abomino.

— ¡Angel mio!

— ¿No habeis oido? ¡Salid! ¡salid!

Y un relámpago brotó en los ojos convulsivos de la jóven.

— ¡Qué divina estais! murmuró Frari como absorto; ¡vuestra hermosura brilla á semejanza del sol!

— ¿Pero es de veras que me amais? articuló la jóven concibiendo un pensamiento que su seno hirió como un rayo de esperanza.

— ¿Y lo dudais aun? exclamó Frari.

— Pues bien; ¿por qué no poneis en libertad á mi padre si es que me amais? por qué no volveis á mi corazon, si no la alegría, la paz y la concordia á lo menos?

— Escuchad, bella niña; es imposible que no se perpetre el deseo, que á manera de borrasca agita mi espíritu ávido de placer; es imposible, si, porque aquí todo está sujeto á mi voluntad; pero aun no quiero hostigaros. ¿Veis este puñal que pende de mi cinturon? Solo unas pocas frases voy á deciros para que comprendais mi poder. ¿No abris los labios y decis que sois mia, enteramente mia? Entonces este puñal cumplirá su mision. ¡Ya veis que uso con vos de bastante complacencia! ¿Y sabeis la mision de mi puñal? sabeis que está destinado á despedazar el corazon de vuestro padre?

— ¡Gran Dios! gran Dios! ¿Qué oigo?

— ¿No os repetia que yo solo necesito fijar la mirada y estender el brazo para que una cosa me pertenezca? Vamos, luz mia, ¿no os decidis entre el deshonor y la muerte de vuestro padre?

La jóven no pudo hablar como si á sus pies hubiese caído un rayo abrasador.

— ¡Esto es un sueño! repitió al fin consternada; esto es un sueño horrible, demasiado horrible!

— Tened presente que mi amor es infinito.

— ¡Ah! por piedad!

— ¿Tan duro es vuestro corazon que no se entenece al amor con el fuego de mis súplicas?

— ¡Por piedad! por piedad! articuló la jóven juntando las manos con ademán implorativo; no me atormenteis con vuestro amor insensato! Yo me arrastraré á vuestros pies, seré vuestra esclava; pero no me deshonreis..... no..... no.....

¡Leo en vuestros ojos la compasion! leo en vuestro semblante la ternura! es imposible que me pongais entre tantos insondables precipicios! ¿Quereis sangre? ¡Mirad! aquí teneis mi pecho, clavado el puñal..... ¡pero mi padre! mi padre!

Y cayendo de rodillas fuera de sí, la jóven se arrastró con efecto hasta los pies de Frari.

— ¡No hay remedio! exclamó este, vuestro honor, ó vuestro padre!

— ¡Mi padre! mi padre!
 — ¡Qué! ¿Preferís la vida de vuestro padre?
 — No..... no.....
 — Pues bien; ¡le mataré!
 — No..... no.....
 — ¿Preferís la deshonra?
 — No..... no..... no.....

Y la jóven estaba desencajada, febril, loca. Con el cabello crispado, entreabiertos los labios, interrumpida y candente la respiración, arrugada la frente, errante y seca la mirada, alzó la cabeza, murmurando casi con idiotismo.

— No quiero la deshonra..... no quiero que muera mi padre..... ¡no!..... ¿lo habeis oído? ¡No! no!

Y exhalando un sonido, que ni era quejido, ni suspiro, ni voz, un sonido salvaje, inarticulado, indescriptible, feroz, una nube de sangre ofuscó sus ojos, le zumbaron los oídos, y apretando los dientes contra los pálidos labios, se desmayó profundamente.

Frari la asió de la cintura y la acostó en el lecho, sentándose al lado en una silla.

— ¡Mi amor! exclamó con voz amarga, pobre niña! no sabe que solo se ama una vez en la vida con todo el fuego del corazón! el amor! ¿Será posible que esa palabra aun vague en mis labios? ¡Ay! solo podia yo amar al ser que duerme bajo la pesada losa del sepulcro! Dios mio! Dios mio! haz que la olvide si no quieres que mis venganzas sean verdaderamente infernales! pero no..... no podré olvidarla..... sé ya que fué inocente, á lo menos en el honor, y su memoria se une á la de mis queridos hijos!

¡Mis hijos! prosiguió despues de un instante: ¿quién tiene la culpa de que mis hijos arrosten quizá una vida miserable? ¡Ah! esto me anima á la venganza!

Y ardiendo en reconcentrado furor, se inclinó sobre el lecho, gritando:

— ¡Delia! Delia!
 — La jóven abrió los ojos.
 — ¡Vuestro padre está salvado! añadió Frari.
 — ¡Mi padre! dijo la jóven incorporándose como impulsada por un resorte ó animada por un misterioso tono.

— Si, vuestro padre. Porque ya he escrito un rótulo de baldon sobre vuestra tan cándida frente.

La jóven dió un grito de terror. Asíola Frari con vehemencia y sacándola del calabozo, la introdujo en uno de los que habia en el fondo de la galeria, iluminado á medias con los reflejos que esparcia una luz mortecina y casi tenebrosa.

Al verlos, Geminiano que estaba tendido con los piés atados, sobre un monton de paja hedionda, se puso de pié lanzando un gemido sordo y selvático.

— ¡Hija mia! exclamó despues de un momento, hija mia!

La desventurada jóven se desasió de los brazos de Frari y cayó casi desvanecida en los de su padre articulando,

— ¡Estais salvado! salvado!
 — ¿Qué decís?

— Si, prosiguió la jóven con voz trabajosa; ¡estais salvado á costa de mi honor!

Entonces se vieron relucir entre las sombras los cavernosos ojos de Geminiano, que estrechando mas á su hija, fulminó un grito de desesperación.

Hubo un instante de silencio aterrador.

Luego Geminiano soltó de sus labios una risa histérica, nerviosa, convulsiva y arrojó lejos de sí á la jóven que se desplomó al suelo sin exhalar un quejido.

Tenia clavado en la sien un agudo clavo, que le penetró hasta el cerebro.

— ¡Insensato! balbuceó Frari, ¿qué habeis hecho?

— ¿Qué? he asesinado á mi hija para que no os regocijeis en su deshonra! ¿Estais contento?

— ¡Vuestra hija era inocente!

— ¡Inocente!

— Se desmayó, y cuando volvió en sí, la dije que la habia deshonrado. ¿No sabia la infeliz que

el Angel Malo siente una cosa en el corazón y revela otra en los labios?

Geminiano no respondió.
 Y abriendo los brazos mientras todos sus miembros crujian, se desplomó sobre el monton de paja lanzando sollozos desgarradores

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

LA PROVIDENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

ANTIGUOS CONOCIDOS.

Han trascurrido dos años desde que Geminiano asesinó á su hija en alas de la indignación que se apoderó de su existencia, no por el honor perdido á la apariencia, sino por quitar á Frari el regocijo de aquella venganza tan innoble.

Era una tarde á la caída del sol, cuyos rayos desde el horizonte esparcian la púrpura sobre la líquida llanura del mar, tranquilo como el corazón que jamás fué surcado por el huracán de las pasiones.

En uno de los islotes de la cadena que separa á Venecia del mar, y dando frente al en que se levantaba el castillo Negro, no lejos de la playa, se veía una casita de ladrillo con dos pisos, y un balcon de hierro en la fachada.

La bonita y bien acabada azotea en que concluía á manera de las casas napolitanas, asomaba apenas entre los árboles frondosos que la rodeaban, formando un paisaje alegre y encantador.

Trás la casita se dilataba una huerta, en que la mano del horticultor aclimatava mil clases de arbolillos, y ante la puerta principal, casi oculta en un emparrado de cañas por donde la enredadera tendia sus brazos, se presentaba el magnífico panorama de un golfo apacible y armonioso, casi siempre hollado por los raudos remos de las góndolas.

El interior de la casita, si no fastuoso, brindaba á lo menos una esmerada pulcritud, y hasta una modesta alegría, podria decirse.

En el piso bajo una salita tapizada con tela de Indias mostraba, además de sus muebles limpios y brillantes, una mesa que servía de tocador, según podia juzgarse por los frasquitos de esencia que la cubrian; en el testero, y encima de la mesa, se destacaba un espejo de marco cuadrado que devolvía el color jacinto de la cortina que se desplegaba sobre la puerta de cristales de una pequeña alcoba.

Esta alcoba, donde habia dos lechos, tenia una reja que daba á un bosquecillo de chopos italianos, plantados en el recinto de la huerta, y en los que la cogujada hacia oír sus cantos armoniosos y dulces.

Hermosos tulipanes tapizaban la reja, en cuya parte interior, entre dos macetas de rosas blancas, habia practicado un asiento forrado de terciopelo y henchido de cañamo, donde á la sazón se recostaba una linda jóven, cuya cándida y ligera mano se deslizaba entre las cuerdas sonoras de un laud.

Luego unía y amalgamaba los ecos de su voz flexible y argentina con los acentos tiernísimos del instrumento, y clavando los ojos con languidez en los tulipanes ó en la copa vercosa de los chopos, parecia estasiada en la contemplación de un ser invisible ó ideal, pero subyugador y atractivo.

En la sala hablaban á media voz un hombre de cerca de cincuenta años, y una mujer como de treinta y cinco, ambos vestidos según lo acostumbra hacer en aquella época la clase media de la república, es decir, aquellos artistas que, sin descender al fondo del pueblo, no concurrían jamás á los nocturnos y espléndidos saraos de los representantes de este.

Podriamos comparar la belleza de aquella mujer con las formas elegantes de esos edificios que los dueños abandonan y el tiempo va destruyendo.

Aun conservaban sus ojos el fulgor de la juventud, aun sus labios estaban tersos, aun sus brazos eran brillantes; pero su cabello habia perdido ese esmalte de los primeros años de la pubertad, sus mejillas no tenian la vida de otro tiempo y su frente la atravesaba uno de esos pliegues de tristeza que llaman amigas prematuras.

¿Quién hubiera dicho que aquella mujer era Blondina, la hija de Rocarti? quién hubiera dicho que aquella hermosura apagada era la esposa de Frari?

¿Y quién, sobre todo, hubiera reconocido en el hombre al antiguo verdugo de Roma? quién hubiera dicho que aquel ser encorvado casi bajo la ruda mano de los años, era el mismo á quien Frari creyó haber asesinado en el Littorale, la noche misma en que lo salvó?

Castell hubiera muerto desangrado á consecuencia de la puñalada que su amo le asestó, á no haber sido por la piedad de un gondolero llamado Piazzini, que le trasportó á su casa en Venecia, cuidándole con solicitud durante el tiempo que duró su enfermedad.

Pero tan luego como convaleció, se puso á buscar á su amo, y desesperando de encontrarle, principió á inquirir el paradero de la señorita, de cuya repentina desaparición se hablaba en ciertos círculos de Venecia.

Dijimos que mutilándose el clavo de que pendía en el subterráneo, la desgraciada cayó al suelo convulsiva y cubierta de sangre, que manaba de una herida que se hizo dando con la frente en el mármol del sillón.

Por algunos instantes estuvo sin conocimiento; pero como se hubiera aflojado el nudo corredizo, la infeliz abrió al fin los ojos, inyectados en sangre y oprimidos por un círculo amoratado.

Recapitó en su peligrosa situación, y quitóse como pudo el cordón que le rodeaba el cuello.

La sangre, aunque ya restañó sobre la herida, habia brotado con bastante abundancia para que Blondina dejara de sentir los horribles desvanecimientos que de vez en cuando le atacaban.

Levantóse con dificultad y tambaleándose, arrojada á la pared, pudo salir al jardín despues de muchos y supremos esfuerzos.

La noche, con sus frescas ráfagas, despejó su cabeza, y no tardó en conocer que circulaba por sus venas una nueva vida.

En un momento tomó su resolución para el porvenir, y encontrándose abierta la puerta, salió á la plaza de san Marcos, caminando luego al azar por calles estrechas y complicadas.

Pero de repente no pudo mas.

Estendió los brazos, y saltando la costra que se habia formado sobre su frente, manó la sangre á borbotones, y la infortunada cayó contra la puerta de un casucho, no lejos del puente de Rialto.

Una mujer del pueblo la recibió en los brazos, y conduciéndola al único lecho con que podia brindarle, vertióla sobre la herida una eficaz panacea, y despues de vendársela, aplicó á su nariz unos aromas que la reanimaron.

Durante el mes que guardó cama, aquella mujer, bastante jóven, la cuidó con el esmero que podria hacerlo con su misma madre.

Cuando Blondina pudo levantarse, tuvo lugar de admirar el corazón generoso de aquella mujer, á cuyos pechos suculentos criaba una hermosa y tierna niña.

— ¿Cómo la llamis? preguntó Blondina.

— ¡Il piu bel miso! respondió besándola repetidas veces la boca; ¡il piu bel miso!

— En verdad que bien podria llamársela *el rostro mas hermoso*; ¿pero y su nombre bautismal?

— ¡Ah signora! dijo aquella mujer en acento puro y armonioso, ¡está niña no es mia!

— ¿Cómo?

— La encontré colgada en el puerto de Rialto,

y como se me habia muerto un niño hacia pocas semanas, la amamanté á mis pechos y sentí que renacia en mi corazón el deseo de una familia de que carecia. Entonces fijé en ella mi cariño y la llamé con mi nombre, *Giorgia*, ¿no os gusta?

Blondina derramó muchas lágrimas sobre la

tierna Giorgia, y por un momento tuvo la idea

de



Me asesinó á mi hija para que no os gocéis en su deshonra; ¿estais contento?..... (Pág. 472, columna 4.ª)

de si sería aquella su niña: esto bastó para decidirse á habitar con aquella mujer de tan elevados sentimientos.

Cinco años trascurrieron.

Blondina habia cambiado su rico vestido por un modesto ropaje, y trabajaba para comer lo mismo que su compañera; si bien es cierto que, con los ahorros de esta y las alhajas que aquella habia llevado, juntaban en piastras una cantidad suficiente para que sirviera de dote, aunque humilde, á la niña que ambas amaban con delirio.

—Escu... ndina un día á Giorgia, madre, que compremos una casita con su huerto que venden en un islote próximo.

—¡Oh! Allí viviríamos como unas duquesas; ¿pero qué iba á ser del dote de la pequeñuela Giorgia?

—En tierras y casa ¿no estaria mas seguro?

—Entonces vamos á comprar esa posesion cuando querais. ¡Oh! cómo va á brincar nuestra pobre Giorgia!

Cuatro dias despues, Blondina tomaba la escritura de propiedad de la casita y huerto que designó á su compañera, que no cesaba de repetir á la niña.

—¡No tengas cuidado, Giorgia mia! para consolarte del amiguito que has perdido, porque su tío se lo lleva muy lejos, te voy á conducir á donde hay muchos pájaros y muchas flores, ¿no estás contenta, Giorgia mia?

La niña, cuando se halló instalada en la posesion que debería servirle de dote, no cesaba en correr con alegría febril de árbol en árbol sino para coger un ramillete de flores para cada una de sus madres, como ella decia en su jerga tan graciosa y tan voluble.

Un día Blondina se paseaba en el huerto, cuando oyó un grito á su espalda, y volviendo la cabeza se encontró nada menos que con el criado

que abria la puerta del jardin á Geminiano en la casa que habia abandonado en Venecia.

Castell regó con lagrimas los piés de su señorita, y la contó en breves palabras cuanto habia pasado con su marido.

—¿Con que en efecto no era sombra cuando se me apareció en el subterráneo? Pues bien, ¡yo te perdono, Castell! Quédate á mi lado y quizá algun dia podamos encontrar á Frari, dijo Blondina.

Y ambos volvieron á la casita.

Les esperaba un espectáculo bastante desgarrador y fatal.

Giorgia, la madre, sumida en un sillón, con los brazos estendidos, los ojos apagados y los labios inánimes, estaba moribunda á consecuencia de una apoplejia cerebral.

Luego que vió á su compañera la entregó un medallon, diciendo que pertenecia á su hija, y espiró á pocos instantes.

(Se continuará)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 29).

La mujer es la mitad del hombre, es su mas tierno amigo; con su voz dulce y cariñosa, disipa el fastidio de la soledad; es su consuelo en las penas que circundan el camino de la vida, y á la muerte de su esposo se precipita en la hoguera funebre, resuelta á no separarse de él y á compartir su suerte, sea cual fuere.—Mas religiosa que él, aviva en su corazon un destello de vir-

tud pronto á apagar... y lo salva por este medio y atrae sobre él los favores de Brahma.

»No, no hay espectáculo tan conmovedor, como el de un padre respetable rodeado de su mujer y sus hijos.—¿Y qué alegría no siente él mismo cuando ve su viva imágen en los semblantes de aquellas criaturas? Cuando un niño se adelanta hacia su padre para besarlo, cubierto aun de polvo que ha levantado en sus juegos; ¿qué delicias son comparables á las que le dá ese beso?... ¿Cómo es posible que rechaces con desprecio á este inocente niño que es hijo tuyo, cuando sus hermosos ojos te miran tan afectuosamente? La hormiga protege sus huevos sin romperlos, ¿tú, ser dotado del sentimiento de la justicia y la virtud, no protegerás ni amarás este sér débil á quien has dado la vida? Permite que este niño cuyo corazon palpita involuntariamente á tu vista, te dé un beso, porque no hay en la naturaleza sensacion mas deliciosa que el ósculo de un niño.

»Todos los padres que están separados algun tiempo de sus hijos, se alegran á su vista, ó por mejor decir, no cesan un momento de tenerlos presentes en la memoria: solo tú eres insensible á ese impulso universal de la naturaleza; solo tú escucharías sin conmoverte las dulces y tiernas palabras que pronuncia el bramante para el padre, al nacimiento de su hijo:

»¡Oh! tú, que provienes de todas las partes de mi ser! tú, el fruto precioso de mis entrañas! tú, que eres mi alma, haga el cielo que vivas cien años! Sobre tí reposa el cuidado de mi existencia, de tí depende la perpetuidad de mi raza; vive, pues, feliz por espacio de un siglo.

»¡Ay! un cazador sin piedad vino á seducirme y á abusar de mi inocencia en la ermita de mi padre!..... Mi madre Menaca, despues de haberme concebido del gran Visoumitra, me abandono al nacer en las lejanas orillas del rio Malini!... ¿Qué faltas han cometido, dioses poderosos, mis



EL MARISCAL CANROBERT, COMANDANTE DEL TERCER CUERPO DEL EJÉRCITO.

generaciones precedentes, para que me hayan tratado de un modo tan cruel; primero la que me dió el sér, y hoy el esposo que habia escogido?

«Somelida á mi funesto destino, voíme á ocultar mi dolor en el seno del bosque santo, en donde fui dichosa otro tiempo; pero esta tierna criatura, que es tu hijo, el cielo te prohíbe abandonarla.»

La prueba continuó, á pesar de estas conmovedoras palabras, hasta el momento en que una voz resonando en el firmamento, hizo intervenir la Divinidad para proclamar ante el pueblo la inocencia, el amor y la legitimidad de la esposa.

El héroe confiesa entonces que ha empleado dicha estratagemá, para convencer al pueblo de la beldad, la virtud y los derechos de Sacountala, á fin de que los dioses y los hombres le impusieran su ventura por decirlo así.

XV.

Veamos ahora como algunos siglos despues, otro poeta de una época mas refinada, convirtió este elegante y conmovedor episodio en un drama.—Es como una barra en bruto hilada luego por el arte en trama de oro, que si bien amplifica la superficie del metal, en cambio disminuye su fuerza.

Pero el análisis y las citas de este drama bastarán para dar una idea del grado de perfeccion á que habia llegado el arte teatral en aquellos pueblos desconocidos antes de la época histórica de nuestra Europa.

La representacion está precedida de un prólogo dialogado entre el director del teatro, y los principales actores que deben representar los personajes del drama.

La escena representa un bosque á orillas del rio Malini; el jóven príncipe *Douchmanta*, montado en un carro conducido por un escudero, aparece en lontananza con el arco en la mano y dando caza á un *cervatillo* que huye ante sus corceles.

«¡Mira, le dice el príncipe á su escudero en un lenguaje tan armonioso como el de Racine, y tan ingénuo como el de Homero, mira como ese cervatillo nos ha hecho recorrer ya un espacio inmenso; mira con qué gracia inclina de tiempo en tiempo su cuello para echar una furtiva mirada al rápido carro que lo persigue, temiendo

la flecha cuyo silbido escucha anticipadamente; mira cómo acorta y contrae sus delicados miembros en la carrera!—El sendero que recorre, apenas está rociado aquí y allí de la tierna yerba que se escapa medio ramoncada de su anhelante boca.—¡En sus precipitados saltos, mas bien vuela que roza la tierra!..... ¡Suelta las riendas, suelta!»

El carro vuela.—«Ved, dice el escudero al príncipe, cómo estos nobles corceles sacan graciosamente sus pechos desde que las riendas no contienen su brío; cómo el polvo que levantan vuela en remolinos trás de ellos, sin que el látigo roce su piel: sus crines que no há mucho se agitaban en sus cabezas, parecen ahora inmóviles por la resistencia del aire que hienden, y levantan con energía sus nerviosas y veteadas orejas, y en vez de correr se deslizan por la llanura esmaltada de flores.»

«Alcanzo tan pronto los objetos que apenas he apercibido en lontananza, le responde el príncipe, y los dejó atrás tan rápidamente, que no hay distancias para mí.»

XVI.

El carro vuela.—Ya iban á alcanzar una gacela que se habia levantado al ruido, cuando un grito de espanto se eleva trás la cortina que formaban los árboles, exclamando:—«¡Salvad la gacela!» El escudero recoge entonces las riendas; y un ermitaño aparece ante el cazador juntando las manos en señal de súplica para salvar al pobre animal.

«¡Oh rey! dice el ermitaño; esa dulce gacela domesticada es de la ermita; no la mateis, por favor!—«Detened los corceles» dice el rey al escudero que murmuraba.

«¡Si, gran príncipe! prosiguió el ermitaño, esa gacela la alimentamos en la ermita; ¡que el cielo separe de ella los tiros del cazador! Una flecha en un cuerpo tan tierno seria como una luz acercada al algodón. ¿Qué es la existencia fugitiva de ese débil animal comparada con la acerada punta de tus flechas?»

«Vuelve prontamente al carcaj ese hierro homicida.—¡Vuestras armas, oh reyes, deben emplearse en proteger al débil y no en dar la muerte al inocente!»

DOUCHMANTA, con respeto.

Ermitaño, ya está en la aljaba.

EL ERMITAÑO, con alegría.

«Se podia esperar menos de un noble descendiente de Pourou, y de un monarca tan cumplido? No, no desmientes tu ilustre origen.—¡Quiera el cielo concederte un hijo dotado de todas las virtudes, y digno de reinar un dia en todo el mundo!»

EL DISCIPULO.

¡Pueda el cetro de tu hijo extenderse por ambos mundos!

DOUCHMANTA, con respeto.

Recibo con reconocimiento ese voto de un verdadero brahma.

LOS DOS ERMITAÑOS.

Nos ocupábamos en recoger alguna leña de este bosque; y allí, á orillas del Malini, podeis apercibir la ermita de nuestro espiritual Canoua, en donde habita con Sacountala, que es un depósito precioso que le ha sido confiado por el destino.—Si otros cuidados no reclaman vuestra presencia en otra parte; dignaos entrar en ese humilde albergue, en el que recibiréis todos los honores debidos á un huésped.—Allí, á la vista de las austeridades penosas y sin límites que se imponen una multitud de anacorelas, juzgaréis si esos virtuosos solitarios merecen que vuestro brazo tenga el arco incesantemente tendido para protegerlos.

DOUCHMANTA.

¡Venerable brahma, está el jefe de la familia en vuestro retiro?»

LOS DOS ERMITAÑOS.

No, príncipe; acaba de marchar á Somatirtha, á donde va con la intencion de invocar los dioses, para apartar de *Sacountala* las desgracias con que la amenaza el destino; pero antes de alejarse, ha encargado á su hija que dé á los huéspedes que se presenten la mas cumplida hospitalidad.

DOUCHMANTA.

Pues bien, la veré; y satisfecha de mi celo, espero que á la vuelta del venerable Canoua, me dará á conocer á él bajo el aspecto mas favorable.

LOS DOS ERMITAÑOS.

Hacedlo, señor, mientras tanto nos volvemos á á nuestras ocupaciones.

(El brahman se va con su discípulo).

XVII.

DOUCHMANTA.

¡Vamos, adelanta el carro, y que la vista de este retiro purifique nuestras almas!

EL ESCUDERO.

El rey lo manda, obedezcamos.

(Imprime un rápido movimiento al carro.)

DOUCHMANTA, mirando en torno suyo.

Ciertamente, sin que me lo hubiesen dicho, hubiera conjeturado que este apacible retiro debía estar consagrado al cumplimiento de las mas severas austeridades.

EL ESCUDERO.

¿Y en qué lo conoceis, señor?

DOUCHMANTA.

¡Cómo! ¿no las ves? no apercibes aquí y allá, esparcidos al pié de los árboles, esos granos de maiz consagrados y respetados por el pico de los loros aun desprovistos de plumas, en el momento en que sus madres se los traian en el suyo? Aquí piedras en las que reluce aun el aceite de *el ingondi*, cuyo fruto acaban de moler; acullá jóvenes gacelas, que acostumbradas á la voz del hombre, no huyen á su presencia; y mas allá esas líneas húmedas trazadas en el polvo, y que partiendo de distintas fuentes, deben su origen á las gotas de agua destiladas de los vasos nuevamente purificados.

Además, ¿no ves esos tiernos árboles, cuyas raíces están humedecidas por canales de agua limpia, rizada apenas por el soplo dulcificado de los vientos? no ves la brillantez de esos tiernos retoños oscurecidos por el humo que se eleva de las oblacones hechas á los dioses; y cerca de nosotros esos ligeros cervatillos, que sin ningun temor juguetean en medio de los montones de romero recién cortados para un sacrificio, y reunidos en la yerba á la entrada del jardín?

EL ESCUDERO.

Efectivamente, estoy viendo todo eso.

DOUCHMANTA, habiéndose acercado un poco mas al recinto.

No profanemos este santo albergue, deten pronto el carro para que pueda apearme.

EL ESCUDERO.

Príncipe, he recogido las riendas; podeis bajaros.

DOUCHMANTA, habiendo bajado y mirando su compostura.

Con modestos vestidos es como debo penetrar en este sitio, consagrado á la piedad; des- embarázame de este lujo y de este arco, que no me son de ninguna utilidad por ahora. (Deja entre las manos de su escudero sus armas y sus joyas). Sin embargo, mientras vuelvo de visitar á los habitantes de la ermita, ten cuidado de refrescar y bañar los caballos.

EL ESCUDERO.

Príncipe, vuestras órdenes serán cumplidas.

(Sale).

(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 29).

El parte detallado de la batalla de Solferino que insertamos en nuestro número anterior, simplifica hoy considerablemente nuestra tarea: mucho mas detallado, mucho mas explicito que el de la batalla de Magenta, dá á conocer perfectamente los incidentes principales de esa gran lucha de diez y seis horas. Asi es que solo nos limitaremos á hacer algunas observaciones aclaratorias.

Del sur del lago de Garda, entre Lonato y Desenzano, parte una cadena de alturas ó mamelones aislados, últimos contrafuertes de las montañas que rodean este lago al Oeste. Estas alturas, de repechos mas ó menos escabrosos, se prolongan al Sur, oblicuando al Este, en una estension de 20 á 22 kilómetros. A sus piés, ó en su pendiente occidental y meridional, se hallan sucesivamente, viniendo del Norte, Castiglione, Solferino, san Casiano, Cavriana y Volta, este último pueblo, situado mas al Este, y en el punto donde empieza la llanura que separa el Chiesa y el Mincio.

El camino de Brescia á Peschiera, y el ferrocarril de Milan á Verona, pasan al norte de estas alturas, en toda la estension del lago de Garda.

La primera, que se dirige del Oeste al Este, atraviesa á Lonato, Desenzano y Rivoltella. El camino de Brescia á Mantua, yendo del Noroeste al Sudeste, encuentra el pié de estos mamelones en Castiglione, y luego, separándose, atraviesa la llanura á 2 ó 3 kilómetros de Solferino, Cavriana y Volta, dirigiéndose sobre Goito, donde pasa el Mincio.

Ninguna comunicacion grande de Este á Oeste atraviesa este espacio montuoso cuyo centro forma casi Pozzo Lengo, situado entre Solferino y Ponti.

El ejército aliado, al dirigirse hácia el Mincio, veíase, pues, obligado á seguir los dos caminos de Peschiera y de Goito, salvo á hacer ocupar por un cuerpo destacado, el espacio de 18 á 20 kilómetros que los separa.

Se sabia por las relaciones de los desertores y de los prisioneros, tal vez por las de los espías, que el ejército austriaco, despues de haber evacuado la orilla derecha del Mincio, donde los exploradores aliados no habian encontrado sino patrullas el 21 y 22, pasó adelante en la tarde del 23. Pero ¿cuál era la fuerza que volvió á pasar el rio? cuáles eran exactamente los puntos ocupados por ella? Esto no debia saberse sino chocando contra ese obstáculo vivo.

En esta incertidumbre, y decididos á no dejarse atacar, solo podian marchar adelante, conservando los diversos cuerpos armados bien unidos entre sí, y prontos á sostenerse mutuamente, salvo á tomar en el acto las determinaciones que inspirasen las circunstancias.

Los piemonteses debian seguir el camino de Peschiera, destacando por su derecha tropas destinadas á ocupar á Pozzo Lengo, estableciendo así la comunicacion entre su cuerpo principal y el ejército francés. Este, que salió al despuntar el día, avanzaba por el camino de Montechiaro á Goito, y los caminos paralelos. Reducido al principio á Carpenedolo y las alturas, debia desplegarse á medida que fuese desembocando en la vasta llanura que se estiende alrededor de Médola.

No tardó en empeñarse el combate, porque los austriacos ocupaban ya á Castel-Goffredo, por el flanco derecho de los aliados, y las alturas frente á Solferino, por la izquierda de estos; despues se estendió sucesivamente en toda la línea de Desenzano á Pozzo Lengo, por los piemonteses; de Solferino por Médola hasta Castel-Goffredo, por el ejército aliado. Pero desde aquel momento hubo dos acciones muy distintas, dos batallas sin relacion entre sí, porque los piemonteses, en marcha sobre Pozzo Lengo y la Madonna delle Scoperte, entre el pueblo y Solferino, habian sido impulsados por fuerzas muy superiores del enemigo, y se hallaban separados del primer cuerpo francés que atacaba á Solferino; no pudieron en un principio prestarle ni recibir de él ningun otro apoyo que el de un cañoneo que, partiendo de las posiciones francesas, acosaba á las columnas austriacas, procurando tomar su derecha.

La única cosa que creemos ver claramente en la relacion del estado mayor, es la direccion general impresa al ejército durante la batalla del 24 de junio, á cuya direccion hubieran debido conformarse los diferentes cuerpos empeñados en la lucha.

La relacion del estado mayor austriaco atribuye la retirada de sus soldados á dos causas: la primera á un ataque en masa hecho por el ene-

migo á su centro; y la segunda á un movimiento que amenazaba separar su ala izquierda del Mincio. De este modo indica dos maniobras que se contrarian mutuamente, y que no han podido ser mandadas por el emperador Napoleon; porque si se hubiese querido penetrar en el centro del enemigo, no debia obrarse vigorosamente sobre una de sus alas; hubiese sido preciso, por el contrario, dejar que avanzase este todo lo posible: tal fué la táctica de Napoleon I en Wagram. Pero si se hubiese tenido intencion de hacer volver el ala izquierda, y rechazarla á la altura del Mincio, donde habria sido arruinada y obligada en parte á deponer las armas; no debia haberse hecho mas que una demostracion sobre el centro, que ocupaba las posiciones mas fuertes, y se les hubiese hecho caer en el lazo que se les preparaba. Pero es probable que atacado el ejército francés en su marcha cuando ignoraba todavía las posiciones que ocupaba su adversario, no hubiese podido tener, como en Lutzen, en 1813, ningun plan decisivo bien combinado. El estado mayor del ejército aliado ha debido limitarse á hacer avanzar las tropas sobre los puntos amenazados, á unir los cuerpos entre sí, describiendo un círculo para ponerse en línea, y que podian hallarse separados por intervalos demasiado grandes; despues habria sido preciso abandonar el resto á la iniciativa de los generales y á las inspiraciones individuales que tal vez no habrán podido hallarse completamente de acuerdo entre sí.

El parte oficial francés siente que no haya permitido atacar el ala izquierda de los austriacos una cooperacion mas pronta y mas completa del tercer cuerpo; pero esta maniobra no parece en modo alguno haber sido prevista ni ordenada. En efecto, el mariscal Canrobert, que partió de los acantonamientos mas lejanos, despues de haber desalojado á los austriacos de Castel Goffredo, habia sido encargado especialmente, por una carta del emperador, de detener la marcha de un cuerpo enemigo, procedente de Mantua, cuerpo cuyo movimiento tenia por objeto atacar el ala derecha de los aliados.

Segun los partes austriacos, los cuerpos 10 y 11, es decir, unos 50,000 hombres, debian verificar este movimiento. Uno de ellos, que se retrasó, no pudo empeñarse seriamente antes de la derrota de su ejército; el otro no pareció, y la razon se ignora todavía. El mariscal Canrobert tenia, pues, mucha razon en no dejar su puesto de observacion para apoyar el cuarto cuerpo sino despues de asegurarse bien que no tendria que rechazar por su parte el ataque que todo parecia anunciar; porque este ataque, si no hubiese encontrado una fuerza suficiente para detenerlo, hubiera tenido por resultado cortar á los aliados el Chiesa, es decir, su base de operaciones, y llevar un cuerpo enemigo por su retaguardia, cuando su reserva, que era la Guardia imperial, estaba empeñada en parte en Solferino y Cavriana; ahora bien, antes de procurar hacer volver al enemigo, habria sido preciso estar muy seguro del triunfo.

El apoyo pedido por el general Niel al mariscal, porque todo parece se ha tratado entre estos dos jefes de cuerpos, sin intervencion alguna del estado mayor general, ¿hubiera podido prestarse mas pronto? Esto es lo que no nos atreveremos á decidir; pero en nuestra opinion, esta falta de conjunto en los movimientos de ambos cuerpos, esta incertidumbre por parte de sus jefes en la cooperacion que debian prestarse, son el resultado casi inevitable de la longitud de las líneas de batalla estendidas en muchas leguas.

Cuando un ejército pasa de cierta fuerza numérica; desde el momento en que ya no está concentrado en un espacio que la vista no puede abrazar facilmente, y en que las órdenes puedan transmitirse con toda prontitud, es muy difícil hacer que sus diversas partes ejecuten á un mismo tiempo la misma maniobra. Si incidentes inesperados vienen á desbaratar las combinaciones preparadas de antemano; si hacen inútiles ó no ejecutables las instrucciones dadas á los jefes de cuerpos, estos se hallan necesariamente embarazados antes de recibir nuevas órdenes. Vacilan tanto mas en apartarse de la direccion trazada, cuanto

que ignoran lo que pasa lejos de ellos, y si se han modificado ó no los planes primitivos. Cuando el general en jefe puede permanecer en un punto céntrico desde donde domina el campo de batalla y espide inmediatamente las órdenes necesarias, se evita una parte de estos inconvenientes; pero cuando el general debe, como el emperador en Solferino, trasladarse en persona á uno de los extremos de su línea; cuando se ve obligado á dirigir él mismo un ataque que mira como decisivo, los generales todos se ven forzosamente abandonados á sus inspiraciones personales, y se colocan en la mas grave de las alternativas, la de no conformarse á las primitivas órdenes, ó la de no aprovechar las ocasiones que se presentan de otro modo y mejor. Se vuelven independientes; pero la responsabilidad que contraen, y ante la que algunas veces retroceden, trae consigo vacilaciones y atrasos.

Si á estos inconvenientes se añade la lentitud con que se transmiten las órdenes y pormenores, la dificultad de hacer llegar á buen tiempo los refuerzos necesarios, y reparar los errores y faltas cometidas, el tiempo que exige la ejecución de los movimientos ó concentraciones en un punto dado, se comprenderá que las batallas dadas por ejércitos numerosos, dejan una parte demasiado lata al azar. Se componen forzosamente de tantos combates parciales como cuerpos de ejércitos hay, y la derrota ó el atraso del uno anula muchas veces el buen éxito del otro. Así, esas grandes batallas se deciden mas bien por el valor de las tropas ó por la feliz inspiración de uno de los jefes de los cuerpos, que por las combinaciones del general en jefe, cuya influencia decrece á medida que se estiende su mando.

Las victorias decisivas, las que han aniquilado al ejército vencido, que han destruido ó levantado imperios, han sido la mayor parte conseguidas por ejércitos de 30 á 60,000 hombres. Napoleón mismo debió sus mejores triunfos á ejércitos de esta fuerza, y á medida que ha dirigido masas mas imponentes, ha ido consiguiendo victorias menos completas: ha podido vencer á sus enemigos; pero no le ha sido dado abrumarlos con uno de esos rayos que ilustraron la primera mitad de su carrera militar.

Bajo el punto de vista moral, la jornada de Solferino prueba una vez mas la superioridad de los soldados franceses, á los que se debe en mucha parte la victoria. Hasta ahora solo la infantería se habia visto empeñada seriamente; pero aquí la artillería y caballería han contribuido á asegurar el triunfo. La primera ha probado toda la importancia de las modificaciones sufridas por su material respecto al alcance y exactitud del tiro; la segunda, bajo la hábil dirección de los generales Morrin, Desvaux y Portoneau, ha demostrado que podia vencer á la caballería alemana tan ponderada, y que constituía la última esperanza de Austria.

Bajo el punto de vista material, si 20,000 soldados de los ejércitos aliados han pagado con su sangre esta victoria, la pérdida de los austriacos, entre prisioneros y hombres fuera de combate, no debe estar lejana del doble de este doloroso total. Los austriacos han abandonado la línea del Mincio, y los sitios de Peschiera y Mantua no son ya imposibles. El famoso cuadrilátero se ha empezado. El ejército francés va á poder tomar ante Verona, bien para observar, bien para atacar esta plaza, una posición donde descansará de sus fatigas, hasta el momento en que el paso del Adige les facilite á Venecia.

Después de haber perdido una sangrienta batalla á 8 kilómetros del Mincio, ¿deben ó pueden defender los austriacos el paso de este río? Para responder, sería preciso ante todo saber exactamente cuál era el estado moral de un ejército al día siguiente de su derrota. La línea del Mincio, ya lo hemos dicho, tiene desde luego poca importancia por sí misma. Este río constituye un obstáculo de los mas difíciles. Es imposible impedir el establecimiento de puentes en ciertos puntos, y la cuestión de las desembocaduras, una vez pasada la corriente, no pudiera decidirse sino en el terreno mismo. Así, pues, no la discutiremos.

Los austriacos han podido creer que para ellos habia, militarmente, mas probabilidades de éxito en defender esta línea en Solferino y en Cavriana, que detrás del río mismo, y que presentando otra batalla comprometían los recursos necesarios para la conservación de Peschiera, Mantua y hasta Verona. De ahí tal vez esa determinación que ha admirado á muchas personas, y á nosotros los primeros. Además, su resolución ha podido no ser dictada únicamente por razones estratégicas, porque en esta guerra, hasta ahora, las consideraciones políticas han tenido en los movimientos de los ejércitos austriacos tanta influencia al menos, como las consideraciones militares. Para conciliarse á Inglaterra, el gabinete de Viena ha diferido muchos días el paso del Tesino, y ha abandonado la operación ofensiva que habia proyectado. Se creía que el ejército austriaco se retiraría hácia el Mincio, y no combatiría sino detrás de esta línea, á fin de interesar mas en su causa á la Alemania; después se ha supuesto que otra consideración, que nada tenia de militar, habia contribuido á presentar la batalla de Solferino. Antes de aceptar la mediación de la Prusia, antes de hacerle las concesiones que se habian pedido, el gabinete de Viena habia querido probar otra vez mas la suerte de las armas. Si hubiese salido victorioso, no habria necesitado del humillante socorro de un rival; conservaba su política secular y su supremacía en Alemania; vencido, accedería entonces á las condiciones impuestas en su sistema de gobierno y en sus relaciones con la Confederación, y reorganizaría su ejército en Verona, esperando el cambio de dirección de que se alaba.

En la hipótesis del apoyo esperado de Alemania, el estado mayor austriaco no tiene, pues, razón alguna para presentar otra batalla; debe entrar en su plan dejar que los aliados pongan sitio, salvo que mas adelante se aprovechen de la obligada distribución de estos para volver á tomar la ofensiva.

En efecto, Garibaldi, sostenido por destacamentos piemonteses, ha penetrado ya en la Valtelina y en el valle de Camonica. La división Cialdini, cuya ausencia ha debido hacer mucha falta el 24 de junio al bravo ejército piemontés, se halla en el valle Sabbia, encargado de observar ó de atacar la Roca de Anfo, debe ser sostenido por un cuerpo colocado en Brescia. El ejército piemontés pone sitio á Peschiera. Un cuerpo de observación, colocado en las cercanías de Goito, tendrá que rechazar los ataques procedentes de la plaza de Mantua, mientras que el cuerpo principal, al mando del emperador en persona, se dirige hácia Verona.

El ejército ha recibido ya el quinto cuerpo, compuesto, al menos, de 30,000 hombres, y no tardará en ver engrosar sus filas con una división del ejército de Lyon.

Se ignora donde se hallan los diferentes cuerpos del ejército austriaco: debilitado con sus pérdidas del 24 de junio, se ha disminuido con fuertes guarniciones dejadas en Mantua y Peschiera. Debe cubrir la línea del Adige, de Verona á Legnago, mantener todo lo posible sus comunicaciones con Mantua, y sobre todo, defender de los ataques del ejército aliado las montañas que separan el valle del Adige del lago de Garda, y que cubren el camino directo de Verona á Trento.

Probablemente ha pasado el tiempo de los grandes choques, y va á empezar el de las maniobras, los sitios y los ataques parciales: en esta clase de guerra, mas aun que en la otra, permiten esperar triunfos tan rápidos como posibles del valor tan brillante y tan tenaz de los soldados franceses, la rapidez de sus marchas, la inteligencia de sus generales, la habilidad de sus oficiales de ingenieros, y sobre todo el terrible poder de su artillería.

CEMENTERIO DE SOLFERINO.—Toma de las armas abandonadas por los austriacos en el cementerio de Solferino después de la batalla.—El parte del mariscal Baragüey d'Hilliers hace constar la tenaz resistencia que una partida de austriacos, atrincherados en el cementerio de Solferino,

opuso durante mucho tiempo á las columnas francesas. Este sitio fué teatro de una lucha encarnizada, y hubo que recurrir á medios de gran energía para superar este obstáculo. Hé aquí los términos en que el mariscal da cuenta de este episodio de la toma de Solferino:

«El cementerio detenia todos nuestros esfuerzos; viendo que era indispensable destruir este obstáculo, di orden de hacer allí una brecha á 300 metros del muro, en un punto muy peligroso, colocando una batería de artillería del 10.º regimiento, mandada por el capitán de Canecande. La media batería de montaña y otras piezas de las divisiones concentraron su puntería en la misma dirección. Después de un fuego bien dirigido y muy nutrido, los muros del cementerio, de las casas y del castillo, hallábanse suficientemente cuarteados, y la artillería enemiga del mamelon de los Cipreses, contestada victoriosamente por la artillería del general Forey y por la 9.ª batería del 10.º regimiento de la tercera división; entonces el general Bazaine lanzó en dirección del cementerio al tercer batallón del 78, mandado por el jefe de batallón Lafaille, é hizo sonar y batir carga en las dos divisiones. Todas las tropas se lanzaron y tomaron la ciudad y el castillo en el momento mismo en que la primera división aparecía en la cima de la torre y en el bosque de los Cipreses.»

Los fuegos dirigidos contra el cementerio fueron muy mortíferos. Al día siguiente los soldados franceses se ocupaban en recoger los efectos abandonados por el enemigo, y por las armas halladas se podia juzgar de las pérdidas enormes que debió sufrir.

LA CHARRETERA DEL EMPERADOR.

Cartas recibidas del teatro de la guerra han explicado la circunstancia de haber visto al emperador Napoleón con una sola charretera, diciendo que S. M. corrió un peligro que no ha existido. Dijose que una bala se habia llevado la charretera que faltaba. El emperador ha sido mas feliz, y á pesar de los peligros á que se vió espuesto mas de una vez en el calor de la acción, no ha tenido ni aun que alarmarse por un accidente de este género.

El hecho siguiente explica este detalle del modo mas honroso:

S. M., al poner su charretera en la única mano que quedaba al general Auger, quiso darle á entender con eso que le hacia general de división.

A lo cual dicese que el moribundo respondió dando gracias al emperador:—Señor, yo quisiera poder ofrecerles las insignias de mariscal de Francia, que bien las habeis merecido.

EL MARISCAL CANROBERT.

Canrobert (Francisco Certain de), mariscal de Francia, senador, nació en 1809, y pertenece á una familia distinguida de Bretaña. Admitido en 1825 en la escuela militar de Saint-Cyr, de donde salió en 1828 en cualidad de subteniente en el 47 de línea, ascendió á teniente en 1832, y se embarcó en 1835 para la Argelia, donde desde un principio tomó parte en la expedición de Mascara; después asistió sucesivamente á la toma de Flemen en los combates de Sidi Yacoub, de la Tafne y de la Sikkak. Capitán en 1837, se halló en el sitio de Constantina, formó parte de las columnas de asalto, y recibió su primera herida en la brecha, al lado del coronel Comtes, el cual, antes de espirar, lo recomendó al mariscal Vallée, diciéndole estas palabras.—«Es un oficial de porvenir.»—Condecorado con la cruz de la Legión de honor, regresó á Francia en 1839, y fué encargado de organizar con los restos de las bandas carlistas un batallón para la legión extranjera.

De vuelta á Africa (1841) se distinguió por su sangre fría y su enérgica actividad en las aventuradas expediciones que le fueron confiadas, sobre todo, en Mouzaia; mandó un batallón de cazadores de á pie, después el 64 de línea, y al frente de este último cuerpo redujo á la nada la rebe-

lion de Bon Maza, y tribus del Bas Dhara. Ocho meses de empeñadas y sangrientas luchas le valieron el grado de coronel en 1847, en cuya cualidad dirigió la expedición contra Ahmed Sglir, se adelantó hasta el desfiladero de Djerma, donde el enemigo se había atrincherado, le batió y volvió á Bathna, llevando consigo dos cheiks prisioneros. Despues de haber mandado el 2.º regimiento de la legion extranjera, se puso á la cabeza del 3.º de zuavos, que condujo con igual fortuna contra los kabilas y las tribus del Júrjura. Dejó despues á Aumale, libertó á Bon Sada, cuya guarnicion estaba bloqueada, rehizo el grueso del ejército ante Zaatcha, y fué uno de los primeros que subieron en el asalto de esta ciudad; esta brillante accion le valió la cruz de comandante de la Legion de honor, en 10 de diciembre de 1849.

Llamado á Francia el año siguiente, Canrobert se unió á la suerte del principe Luis Napoleon, que le nombró general de brigada en 13 de enero de 1850, le tomó de ayudante de campo, y le dió un mando en Paris, donde se ocupó enérgicamente en reprimir la insurreccion que siguió al golpe de estado de diciembre. Algunas semanas despues fué encargado con poderes muy estensos de recorrer los departamentos, y de estudiar la situacion politica. El 14 de enero de 1853 fué nombrado general de division.

Cuando se declaró la guerra á Rusia, Canrobert, que habia adoptado este último nombre, dejó el campo de Helfaut, y tomó el mando de la primera division del ejército de Oriente en marzo de 1854, que de resultas de la desgraciada campaña de la Dobrutschka, fué tan horriblemente diezmada por el cólera. Despues apoyó con todos sus esfuerzos la expedición de Crimea, sostuvo en el paso de Alma el primer choque de los rusos; y á pesar de un fuego vivísimo, se estableció en las alturas hasta la llegada del general Forey; herido en el brazo por el casco de una bomba, permaneció á pesar de todo hasta el fin de la jornada en 24 de setiembre. Dos dias despues, el mariscal Saint-Arnaud que sentia su fin próximo, le entregó el mando en jefe y una carta confidencial del emperador, fechada el 12 de marzo anterior. El nuevo general marchó en seguida á Sebastopol, hizo construir muchas baterias y abrió el fuego el 17 de octubre; pero habiendo reconocido la imposibilidad de apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano, emprendió, en medio de insuperables obstáculos y en una estacion de las mas rigurosas, los gigantescos trabajos que dieron por resultado el sitio completo. Este primer periodo del asedio, que fué el mas penoso, fué señalado con la sangrienta batalla de Inkerman, el 5 de noviembre, los combates de Balaclava y de Eupatoria, la toma de Carcenage, y las continuas salidas del enemigo. A consecuencia de las negativas de lord Raglan, de cooperar al plan de ataque propuesto por Canrobert, este último, cuya situacion era cada vez mas embarazosa respecto á los aliados, resignó el 16 de mayo de 1855 el mando en jefe en manos del general Pelisier, y volvió á ocupar su puesto á la cabeza del primer cuerpo. Dos meses despues dejó á Crimea, y al año siguiente recibió al mismo tiempo que Bosquet y Randon el baston de mariscal de Francia, en 18 de marzo de 1856. Senador de derecho por esta nueva dignidad, es gran cruz de la Legion de honor desde el 20 de mayo de 1855, y ahora manda el tercer cuerpo del ejército de los Alpes.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Mr. Horacio Vernet ha sido encargado de pintar para el museo de Versalles el cuadro de la batalla de Montebello. Ha ido al sitio del combate á dibujar el magnifico paisaje, en cuyo centro agrupará diversos incidentes de esta heroica lucha.

Un soldado bisoño del regimiento 74 de linea refiere así sus primeras impresiones del campo de batalla: — «Cuando oí todo aquel ruido á mi alrededor, y sobre todo, el silbido de las balas,

tuve un miedo terrible; pero habia en la compañía camaradas de Crimea, y ante ellos me hice superior al miedo.

Despues, cuando se nos hizo cargar á la bayoneta, me sentí entusiasmado, y sin querer, atravesé á un austriaco que se hallaba delante de mí. Pues bien, desde aquel momento ya no tuve miedo.»

En el antiguo escudo de armas del imperio de Austria hay un mote formado tan solo por las cinco vocales: a, e, i, o, u. La traduccion de este extraño geroglífico es la siguiente:

Austria est imperari orbi universo.

Al Austria toca regir el universo.

Creemos que despues de lo que anuncia la guerra de Italia, y despues de los sucesos de que está siendo teatro, hace algun tiempo, el antiguo territorio *Osterreich*, aquel emblema ha dejado de ser una profecía.

El *Monitor toscano* inserta la carta siguiente que ha recibido el *maire* (alcalde) de Florencia:

«Caballero, una espada duerme en la vaina; pero sabrá salir en defensa de la patria si se necesita de ella. Extraña á la pereza, y no siéndolo del todo á la gloria, ha sido blandida cien veces ante nuestro perpétuo enemigo. El abajo firmado, aunque no muy rico, consagra desde ahora 400 libras para los gastos de la guerra italiana, y otras 400 para ayudar á las familias indigentes que han enviado generosamente al campo de batalla á sus queridos hijos. La guerra será corta, el triunfo es seguro, y el poderoso austriaco no volverá á hollar mas la tierra de la sonrisa de Dios.

»Vuestro de todo corazón,

»C. DE LAUGIER,

»teniente general retirado.»

Mme. George Sand acaba de publicar en Paris un tomo titulado *La Guerra*, en el que hallamos este magnifico pasaje:

— «¿Quién eres tú? ¿A dónde vas que pasas tan pronto?» — Y la vision responde:

«Soy la guerra y voy á pasar los Alpes. Tú me conoces. Te he mecido en los campos de batalla, al ruido de mis truenos y de mis clarines. Hijo de este siglo, has nacido al estampido del cañon, y los primeros muertos que has visto, tenían balas enemigas en el corazón ó en la cabeza. En aquel tiempo se me llamaba la gloria, y tú balbuceabas esta palabra sin oírlo. Hoy que tus cabellos encanecen, y que tu paso se detiene, quieres algo mas que una palabra sonora, para comprenderme y saludarme: comprende y saluda, ¡soy la fraternidad sublime!

»Los pueblos son hermanos, los hombres deben vivir en paz, la gloria sin la equidad es una quimera: lo sé mejor que tú, yo que he sacrificado tantas victimas humanas. ¡Pues bien! para eso me levanto hoy, para abrasar al mundo, y armar aun á los hombres contra los hombres, regar con sangre las flores de los Alpes y las ricas campiñas de la Lombardia. Es que el fuerte ha querido abrumar al débil, y yo, espíritu de lucha y de orgullo, ángel de las remuneraciones, he sacudido el sueño del egoista, he suscitado la voluntad de los poderosos, he armado á la Francia, he hablado á la inteligencia de los ricos, al heroismo del soldado, al corazón del pueblo; y voy á defender al débil, voy á librar al oprimido, voy á devolver una tierra robada á sus legítimos poseedores, voy á socorrer á un pueblo que quiere volver á ser lo que siempre ha sido. Adios, corro veloz, y voy rápida como el rayo, resuelta como la fé.»

Uno de los oficiales austriacos residentes en Bourges, dice el *Journal du Cher*, va acompañado de un perrillo faldero negro, cuya fidelidad ha sido puesta á rudas pruebas.

Este perro ha hecho las campañas de Palestro y de Montebello, sin abandonar nunca á su

amo; durante la refriega, iba constantemente detrás de él, sin asustarse del fuego de fusilería ni de las balas que llovían á su alrededor. El oficial y su perro fueron hechos prisioneros últimamente en Montebello.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

(Su festividad en 16 de julio).

Los que han osado poner en duda la devoción de la primitiva Iglesia al culto de la divina madre del Salvador, suponiéndole erradamente nacido en las tinieblas de la llamada edad media, han comprendido la indole del corazón humano, como conocido la historia del cristianismo, como sabiamente demuestra san Bernardo. No han comprendido, decimos, la indole del corazón humano, porque de otra suerte es imposible que hubiesen desconocido su irresistible tendencia á amar lo que es esencialmente amable, y á venerar lo que es de todo punto digno de veneracion. ¿Y qué cosa hay en el mundo mas digna de amor que la maternidad, mas digna de veneracion que la virtud? Aun cuando no enseñase la Iglesia el culto de la Virgen Madre, los hombres le hubieran adivinado, le hubieran instituido y profesado. No conocen, decimos, la historia del cristianismo, pues ignoran que el culto de Maria Santísima data, como lo prueban irrecusables testimonios escritos, no menos que la unánime tradicion de los pueblos, de la época misma en que aun vivía en la tierra aquella gran señora en carne mortal. Años antes de su glorioso tránsito, era venerada en nuestra España la imagen santísima de nuestra Señora del Pilar.

Hacia la misma época tal vez, y de todos modos en una época muy poco posterior, recibía la Reina de los ángeles un ferviente culto en las magníficas soledades del monte Carmelo. La historia no señala el momento en que principió este culto; pero la tradicion, mas respetable que la historia, porque esta es obra de un hombre y aquella lo es de un pueblo, la tradicion, repetimos, le hace ascender á la primera mitad del primer siglo de nuestra era. Y en efecto, ¿qué hubiera tardado mas en difundirse esa claridad en Oriente que en Occidente? A estos testimonios de la tradicion y de la razon, añade otra tambien la historia, que únicamente para las almas de poca fé tendrían mas fuerza que aquellos. Refieren los cronistas de la primera cruzada que cuando llegaron á Palestina, hacia ya muchos siglos que florecían en aquella iglesia los padres Carmelitas, conservándose, á pesar del furor de los sarracenos, encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, de donde tomaron su nombre. ¿Estos padres profesaban una pública y especial devoción á la beatísima Virgen en aquellos mismos santos lugares donde labró nuestra redencion el sangre preciosa de su divino Hijo? ¡Tierna y venerable devoción!

Aquel gran rey, que la Iglesia ha colocado en el catálogo de sus santos, y que la Francia agradece bendice en el de sus héroes y civilizadores, san Luis, sublime caudillo de aquella primera cruzada, prendado no menos de la esclavitud que de la penitente vida de aquellos eremitas del monte Carmelo, los persuadió á que se trasladasen con él á Francia, como en efecto lo hicieron algunos, fijando su primer establecimiento á una legua de Marsella, en una ermita llamada el Aigallades. Declaróse por su protector el piadosísimo monarca, y los estendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Italia, España, Inglaterra y otras naciones. En esta última es donde la divina Providencia les tenia destinado un hombre que por su extraordinario mérito y rara santidad habia de dar en breve grandísimo esplendor á su orden.

Simon Stock, noble inglés, habia tenido una

infancia maravillosa. A los doce años de su edad fué conducido por el espíritu de Dios á un desierto; sustentabase de raíces y de yerbas; una clara fuente le ofrecía el agua para apagar su sed; su cama, su celda y su oratorio se reducían á la concavidad de un viejo tronco, donde solo podía estar de pie, tan estrecho que no podía revolverse á ningún lado, y de aquí se le dió el sobrenombre de Stock, que en inglés quiere decir tronco de árbol. Su continuo ejercicio era la oración, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecía también la tierna devoción que casi desde la cuna había profesado á la Santísima Virgen, y aseguran los autores de su vida que casi todos los días le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversación con Dios, que los espirituales consuelos de su alma, parecían autores ó precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años llevaba Simon de aquella angélica vida, cuando noticioso del arribo de los Padres Carmelitas á Inglaterra, fué á abrazar su instituto inmediatamente, cumpliendo así la voluntad revelada de la Santísima Virgen, que quiso desde entonces dar una gran prueba de su especial protección á aquella dichosa orden, consagrándole por espreso mandamiento el más querido y fiel de todos sus siervos.

Admitido Simon entre los religiosos del Carmen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesión religiosa, quiso emprender una piadosa peregrinación; primeramente visitó descalzo los santos lugares, y luego recorrió toda Inglaterra, difundiendo por toda ella aquel fuego divino que inflamó su corazón durante su estática residencia de seis años en las sagradas cumbres del Carmelo.

Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, fué tal el fervor de su devoción á la protectora de su orden, que mereció de esta dulcísima reina de los ángeles el mismo singular favor que ya había dispensado en Toledo á nuestro bienaventurado san Ildefonso. Dice la historia que un día se le apareció la Virgen, rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales, con un escapulario en la mano, y alargándosele al santo, le dijo estas dulces palabras:—« Recibe, amado hijo mío, este escapulario para ti y para tu orden, en prenda de mi especial benevolencia y protección, que sirva de privilegio á todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. *Ecce signum salutis*. En él te entrego una señal de predestinación, y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviese la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza.»

Apenas se publicó en el mundo una devoción de tanto consuelo y provecho, al punto se alistaron en la naciente cofradía los reyes como los pueblos. El dulce escapulario, *signum salutis*, defendió como una misteriosa armada los pechos de los fieles. Siete grandes pontífices autorizaron aquella devoción, y tan viva es hoy en todo el orbe cristiano, señaladamente en España, á pesar de las calamidades de los tiempos, como cuando descendió la Virgen á dar el escapulario á Simon. Por eso la fiesta que se celebra en este día, suele llamarse en algunas partes la fiesta del escapulario.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

La seda considerada como producto industrial: épocas del desarrollo de su industria en China y de su aclimatación en Europa. — Breve reseña de los procedimien-

tos que se emplean para obtener é hilar la seda. — Datos estadísticos respecto á las hilanderías de seda. — Tejidos de seda.

En nuestro artículo anterior, véase el número 29 de este SEMANARIO, principiamos á ocuparnos de las materias textiles, contrayendo la atención de nuestros lectores respecto al algodón; hoy dedicaremos este escrito al estudio de otra materia no menos interesante, producto de un insecto que por miles de años vivió en su país natal, completamente relegado al olvido, dejando su lecho de seda sin que á nadie ocurriera, antes del emperador de la China Tchinsong, escogitar medios apropiados para que la seda hilada por un gusano tan voraz como laborioso, sirviese para vestir los pueblos y aumentar el comercio de los mismos, siendo á la par, la base de una industria importante, destinada á satisfacer necesidades, hijas del lujo, de la moda y del capricho de los hombres.

Hemos dado á conocer el nombre del emperador chino, que, según los anales de este pueblo, fué el primero que obtuvo é hiló la seda; y si fuese nuestro intento apuntar tan solo los diversos acontecimientos que se contraen á la propagación de esta industria, sería preciso escribir un extenso artículo, que no podría amoldarse al espacio de que podemos disponer. Por lo mismo, resumiendo aquellos, manifestaremos que los gusanos de seda y las moreras, ó sean los arbutos cuyas hojas les sirven de alimento, reconocen por país natal la parte septentrional de la China, y que el arte que enseña el cuidado que exigen las orugas ó larvas, á las cuales nos contraemos, para cosechar la seda, y los medios para hilar y tejer este producto, son industrias y prácticas conocidas en la misma China, desde la más remota antigüedad. En cambio solo há dos mil años que las sederías se principiaron á conocer en Europa, y mil trescientos años que se aclimató el gusano de seda, indicando la historia al emperador Justiniano, como á quien debemos confesarnos deudores del útil insecto á que este artículo se contrae, así como del arbusto que forma parte constituyente del mismo. Estos productos, de Constantinopla se importaron á Grecia, á Sicilia y á Nápoles, pero mucho antes los árabes los habían aclimatado en España, y en el siglo XII, Murcia y Valencia elaboraban riquísimos tejidos de seda.

Sin que sea nuestro ánimo mostrar desapego hácia las pasadas generaciones, ni mucho menos pretender que nuestra época condense y posea en absoluto todos los progresos de los tiempos que fueron antes de ella, creemos, por más que respetemos los adelantamientos que la industria de la seda acusa en sus antiguos productos, y en la China, hasta hoy alejada de la esfera de actividad en que se encuentran confundidos todos los pueblos, que solo á nuestra época le cabe el justo orgullo, gracias á los perfeccionamientos mecánicos, de haber creado con los hilos delicadísimo que nos procuran los gusanos de seda, una industria ingeniosa que elabora tejidos diversos y sorprendentes, sobre los cuales imprime bellísimos colores y esculpe ricos y elegantes dibujos.

Pasemos á relatar, sin pararnos en descripciones detalladas, la serie de operaciones que transforman y perfeccionan los productos naturales que procuran los gusanos de seda, y cuyo valor aumentan en tan alto grado.

Para extraer los hilos de seda que constituyen los capullos, se inmergen para que pierdan la especie de goma en que se encuentran aglutinados, en un depósito cuya calefacción se obtiene por medio del agua caliente ó del vapor. Los hilos se desprenden de los capullos y siguiendo el movimiento de una rueda, se enrollan sobre su circunferencia. Una máquina de vapor actúa sobre la totalidad de los tornos que existen en el taller, y la máquina motora, al mismo tiempo que presta su acción acompasada, regular é inteligente á los aparatos, procura á los depósitos el agua caliente que necesitan, y á la cual ya nos hemos referido, que debe ser dulce y exenta de sales calcáreas, pues de no ser así, endurecería, en vez de disolver, la goma unida á los capu-

llos. Los hilos de seda que constituyen estos, van disminuyendo progresivamente de espesor, á medida que se aproximan al centro del capullo, reconociendo esto por origen, el que los gusanos dejan de alimentarse desde el momento en que principian á hilar, perdiendo, por consiguiente, sus fuerzas y la sustancia con la cual constituyen la seda. Las mujeres que cuidan de la extracción de este producto, procuran prestar uniformidad al espesor de sus hilos, y unen en ocasiones oportunas los filamentos de capullos diversos, á fin de obtener aquel resultado.

Según los usos diferentes á los cuales se destinan las sedas, así varía su calidad y el número de filamentos que concurren á la formación de sus hilos, y como el producto que estudiamos es una sustancia altamente higrométrica, que absorbe grandes cantidades de humedad, se establecieron hace años cuerpos colegiados, con la idea de que impidiesen los abusos á que pudieran dar lugar las transacciones comerciales de la seda, é interviniesen todas las operaciones que con aquellas se relacionan. Los molinos que se utilizan en la actualidad para unir y torcer los hilos que han de constituir las diferentes clases de sedas que emplea la industria, son máquinas dignas de estudio y de un trabajo perfecto, á la par que de una producción notable, gracias á los sucesivos inventos y señalados perfeccionamientos con que los han dotado en Inglaterra y Francia, hábiles y distinguidos mecánicos.

Según las estadísticas industriales, publicadas en el extranjero, la producción de la seda hilada en Europa y Asia podía apreciarse hace algunos años, en 10.493.000 kilogramos, en cuya cantidad hacen figurar á España por 121.000 kilogramos. A pesar de esta producción importantísima, que sigue en progresivo aumento, y á pesar también del módico salario que devengan las mujeres que toman parte en los trabajos de los establecimientos que se ocupan en transformar en seda hilada los capullos que producen los gusanos, goza el producto que estudiamos de un valor bastante considerable, hijo principalmente del que posee en su estado de materia primera; por lo tanto, es importantísimo procurar simplificar, perfeccionar y aumentar la producción de los gusanos de seda, puesto que este camino es el único que puede procurarnos medios para abastecer el consumo incesante de sedas, que cada día exigen las necesidades sociales de nuestros días.

Ya hemos manifestado en uno de nuestros párrafos anteriores, que los tejidos de seda son originarios de la China; después los vemos figurar en todos los pueblos del Occidente: Roma los aceptó con sin igual contentamiento, y Tiberio deseando poner un dique á la afeminación que cundía en el imperio, decretó que el uso de la seda era impropio de un pueblo esforzado. Al invadir los turcos la Grecia, los fugitivos de este pueblo enseñaron á las repúblicas italianas á tejer la seda. Enrique VIII de Inglaterra fué el primero en usar medias de seda en su país, presente de inestimable precio que recibió de España, en cuya nación hacia años, según ya hemos espuesto, que los árabes habían aclimatado con éxito singular la industria de la seda. Pero sus grandes perfeccionamientos, sus progresos notables y sus múltiples y sorprendentes productos, datan de la época en la cual las ciencias de aplicación se unieron á la industria para ennoblecer y glorificar el trabajo; reconocen por punto de partida, el invento de *Jacquart*, cuyo telar admiramos hoy á pesar de los perfeccionamientos mecánicos que surgen, y á cuya memoria ha elevado Lyon una estatua, que al mismo tiempo que inmortaliza al obrero y al inventor, prueba las tendencias civilizadoras de nuestro siglo.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Encerrados ya, como es sabido, los austriacos en su famoso Cuadrilátero, la ansiedad pública es cada vez mayor, y se esperan con gran impa-

Ciencia noticias de los resultados de las operaciones contra Peschiera, que, como hemos dicho en nuestra crónica anterior, está sitiada por el ejército sardo. Atendida la asombrosa rapidez con que marchan los sucesos en la colosal campaña de Italia, es de creer no tardaremos en recibir noticias de algun importante hecho de armas entre el Mincio y el Adige.

El peligro á que se vió espuesto en la batalla de Solferino el emperador de los franceses fué tan inminente é inmenso, que una bala austriaca le arrancó una charretera.

Confirmase la noticia del regreso de Francisco José á Viena, donde, segun parece, este hecho ha causado una impresion poco favorable.

El ejército austriaco, cuyas bajas han sido tan enormes desde el principio de la lucha, recibe nuevos refuerzos para ponerse al nivel de su efectivo en campaña. Así es que, segun se dice, dentro de algunos dias ascenderá á un total de 220,000 hombres.

La mediacion de la Prusia, de que tanto se habla, no ha producido hasta el dia ningun resultado de que puedan lisonjearse los amantes de la paz.

Por su parte, lord Palmerston ha declarado en los comités que el gobierno británico aprovechará la ocasion de dar consejos á las potencias beligerantes, á fin de que cese pronto la sangrienta guerra de Italia, cuya indefinida prolongacion puede comprometer al fin la paz de toda Europa.

El gobierno austriaco ha anunciado á la Dieta germanica que, á consecuencia de la batalla de Solferino, se dispone á reforzar el ejército de Italia. Como para esto las guarniciones del Tirol deben sufrir una disminucion considerable, en los mismos momentos en que este país se ve seriamente amenazado por la legion de Garibaldi y la division de Cialdini, el gobierno austriaco, rodeado hoy de graves conflictos, pide á la Alemania que envíe un ejército al Tirol, cuya conservacion es tan indispensable al Austria. Esta potencia redobla sus esfuerzos por atraer á su causa á los Estados alemanes, y arrastrarlos á una guerra contra la Francia. No sabemos que efecto producirán, en último resultado, las gestiones de la corte de Viena en Francfort, para decidir á la Alemania á desenvainar la espada en defensa de Francisco José.

La orilla izquierda del Mincio ha sido ocupada por el ejército sardo que maniobra contra Peschiera. Con la espresada operacion queda completado el bloqueo de esta plaza. Debemos, pues, esperar de un momento á otro importantes noticias por esta parte.

Es un hecho notable, y que acaso producirá graves consecuencias, la desaprobacion terminante del obispo de Tortona (Piamonte), de los excesos cometidos en Perusa por las tropas suizas enviadas para restablecer allí la autoridad temporal del papa. El *Monitor Toscano* publica la manifestacion en que dicho prelado se espresa en el sentido á que nos hemos referido. Este documento debe haber causado en Roma un profundo disgusto.

El 3 se cantó en la catedral de Paris, con extraordinaria pompa, un *Te Deum* en accion de gracias por el último triunfo de las armas aliadas.

El ejército del principe Napoleon se ha reunido ya al grueso de las fuerzas francesas que, á las órdenes del emperador, operan en el Cuadrilátero. Así, pues, se anuncia ya que las huestes francesas se dirigen sobre Verona, al paso que se confirma que las piamontesas estrechan el sitio de Peschiera. El 5 del corriente, los austriacos seguian concentrándose en la orilla izquierda del Adige. Créese, no obstante, y esto parece lo mas natural, atendidas las respectivas posiciones de los combatientes y la necesidad en que están de reponerse de sus últimos terribles esfuerzos, que por ahora no volverá á empeñarse combate alguno de importancia. El lado por donde se condensan en estos momentos las tormentas de la guerra, es el Adriático. Espérase, pues, un ataque contra Venecia, ó algun hecho de este gé-

nero en aquellas costas. Así parecen indicarlo, en efecto, los grandes aprestos marítimos de la Francia en los mares orientales de la península italiana. Pero no nos anticipemos á los sucesos, que harto rápidamente caminan en la guerra actual.

La Prusia no adelanta un paso ni en sus negociaciones, ni en sus resoluciones guerreras. Esta indecision, estas ambigüedades nada favorecen militar ni politicamente al gabinete de Berlin, y concluirán por colocarle en una falsa, y tal vez arriesgada situacion.

A fin de acallar las prevenciones hostiles de la Alemania contra la Francia, el conde de Walewski, ministro de Negocios extranjeros del vecino imperio, ha dirigido, á imitacion de la Rusia, una circular á los representantes de su país cerca de las cortes de la Confederacion, explicando los derechos y deberes de esta, y despojando á la politica imperial del carácter agresivo contra los Estados alemanes, de que con tanto empeño la ha presentado animada la corte de Viena, á fin de atraer á su causa y arrastrar á aquellos gobiernos á una lucha en que la fortuna le ha sido hasta el dia tan poco propicia.

Es altamente significativa la felicitacion que, segun una correspondencia de San Petersburgo, ha enviado el emperador Alejandro II, por medio de uno de sus ayudantes, á Luis Napoleon, por los felices auspicios bajo que ha abierto la campaña de Italia.

Bajo otro punto de vista, es tambien en alto grado significativo que la *Patrie*, periódico ministerial del vecino imperio, haya publicado un fuerte artículo contra el cardenal Antonelli.

Un cuerpo de 3,500 tirolese ha sido derrotado por las fuerzas de Cialdini y Garibaldi. Dícese que aquellos han experimentado considerables pérdidas. Los desfiladeros y las gargantas del Tirol están destinados, por su importancia geográfica, á ser teatro de continuas luchas en todo el discurso de esta guerra.

Tan cierto es esto, que ya se anuncia con relacion á noticias de Hamburgo, que en estos momentos se siguen negociaciones entre Viena, Munich y Berlin, para la ocupacion del Tirol por tropas de la Baviera, que protejan por este lado la frontera alemana.

Empieza á notarse una sorda efervescencia en Hungría, y en algunos puntos de este antiguo reino han estallado algunos movimientos insurreccionales. Dícese además, que Kousouth dirigirá proclamas á sus compatriotas, escitándolos á la rebelion contra el Austria.

Al llegar á este punto, debemos suspender nuestras noticias relativas á las operaciones militares y las combinaciones estratégicas. Cuando menos podia esperarse, cuando los hechos de armas preocupaban profunda y esclusivamente la atencion de toda Europa, hé aquí que, como llovido del cielo, y produciendo un asombro difícil de explicar, se ha recibido el 8 del actual en esta corte el siguiente despacho oficial con una importante nota del *Monitor*, documentos ambos que, por su gran significacion, creemos conveniente reproducir integros. Hélos aquí:

«MINISTERIO DE ESTADO.—Paris 8 de julio, á las ocho y doce minutos de la mañana.—VALENCIO 7 de julio de 1859.—El emperador á la emperatriz:

«Se ha convenido en una suspension de armas entre el emperador de Austria y yo.

«Van á ser nombrados comisarios para determinar la duracion y las cláusulas del armisticio.»

Paris 8 de julio, á las doce de la mañana.—El *Monitor*, al insertar el despacho telegráfico que precede, añade lo siguiente:

«No se debe dar mas importancia de la que realmente tiene, á la suspension de armas convenida entre el emperador de los franceses y el emperador de Austria.

«Solo se trata de una tregua entre los ejércitos beligerantes, la cual, al dejar el campo libre á las negociaciones, no dá motivo para prever desde ahora el término de la guerra.»

Este suceso, que en estos momentos presenta

todo el carácter de un enigma, es hoy objeto de grandes y muy opuestos comentarios, de que nosotros no debemos hacernos eco, pareciéndonos lo mas prudente esperar los hechos ulteriores, únicos que pueden explicar esa repentina inesperada peripecia de la guerra de Italia.

Esta suspension de hostilidades ha sido firmada el 9 en Villafranca, por el mariscal Vaillant, general Hess y el general de La Roca. La terminacion de este plazo está fijado para el dia 15 de agosto. Tambien se ha convenido en que los buques mercantes de todas las naciones puedan navegar libremente por el Adriático hasta la espresada fecha. Háblase, aunque en términos vagos de la reunion de un congreso, y aun hay muchos que opinan que este inesperado armisticio es presagio seguro del restablecimiento de la paz sin nuevas tentativas belicosas.

En Turin se ignoraba en la noche del 8, quién habia partido la iniciativa de la medida que nos ocupamos. En dicha capital circulaba la espresada fecha el rumor de que Francisco José habia enviado un emisario al cuartel general de los aliados, y que Luis Napoleon le contestó en carta autógrafa.

En medio de todo esto, el *Times* juzga muy probable que vuelvan á romperse las hostilidades. El *Morning-Post*, por su parte, reclama condiciones de paz, la evacuacion de Italia por los tudescos y franceses, un aumento de territorio en favor del Piamonte, la secularizacion del gobierno papal y la promulgacion de una constitucion en el reino de las Dos-Sicilias.

No concluirémos esta reseña sin manifestar que la diplomacia vuelve á agitarse para presentar proposiciones de paz. Aunque nada puede saberse acerca de la naturaleza de estas proposiciones, créese generalmente que reconocerán por base la anexion de la Lombardia al Piamonte. Como quiera que sea, el resultado de esta nueva fase de la guerra no puede hacerse esperar mucho tiempo.

Noticias telegráficas del 12 anuncian que un armisticio ha concluido por ser la paz definitiva. No se equivocaron, pues, los que creyeron que aquel era el anuncio seguro de esta.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto de fecha de 26 de junio y publicado en la *Gaceta* del dia 3 de julio, se concede la conversion de la Sociedad anónima mercantil denominada *Valenciana de Fomento*, en otra Sociedad anónima de crédito denominada *Sociedad Valenciana de Crédito y Fomento*, cuya duracion será de 99 años y cuyo capital será de cincuenta millones de reales, representados por 25,000 acciones de 2,000 rs. cada una, cuya emision verificará en virtud de acuerdo del Consejo de administracion.

—A consecuencia de la dimision que ha hecho D. Luis de la Escosura del cargo de superintendente de la casa de moneda de Madrid, se ha nombrado, segun aparece en la *Gaceta* del dia 6 de julio, á D. Francisco Paradalias y Pinto, que tenia igual cargo en la de Barcelona.

—Por real decreto inserto en la *Gaceta* del dia 6 de julio han sido nombrados ministros togados del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, don Eusebio Morales Puidelan, auditor de guerra de la capitania general de Galicia; y D. Jacobo Ulloa, asesor general del ministerio de Hacienda.

—De real orden se ha dispuesto que se dé publicidad al artículo 1.º, capítulo 5.º del reglamento de la guardia civil veterana, cuyo tenor es el siguiente:

«Los jefes, oficiales é individuos de tropa de la guardia civil veterana, se consideran siempre como de servicio, y toda resistencia que se hiciera en oposicion á las intimaciones que hagan para el desempeño de su instituto, será juzgada militarmente.»

—La *Gaceta* del día 3 de julio contiene, sancionada por S. M., la ley que modifica la forma de vender los solares de la Puerta del Sol; la que autoriza al gobierno para otorgar sin subvención alguna á D. Antonio Mariano Balleras y D. Agustín Martín, la concesión de un ferrocarril que partiendo de las minas de cobre de Buitron vaya á desembocar en el río Odiel en la provincia de Huelva; y la que otorga á D. Francisco Alberti, sin subvención alguna, la concesión de un ferrocarril desde las minas del Criano hasta el río de Bilbao.

—Con fecha del 28 del mes de junio, el señor ministro de Fomento ha dirigido á todos los gobernadores una circular con motivo de la creación de las secciones de Fomento.

—El premio de 120,000 rs. se ha adjudicado al pintor D. Luis Lopez, autor de la única obra presentada en el concurso abierto para la coronación del célebre poeta Quintana.

—De real orden se ha declarado que son los sargentos primeros y los subtenientes los que tienen derecho á colocación en las plazas de oficiales terceros de administración militar.

—S. M. ha aprobado los presupuestos municipales de la isla de Cuba que ascienden á 2.455,498 pesos fuertes.

—De real orden se ha autorizado á D. Toribio Noriega, vecino de Cádiz, para que practique los estudios, tratando de mejorar las condiciones de navegación del río Odiel desde Gibralfaro hasta su confluencia con el mar.

—Un periódico de la corte dice que desde el día 2 de junio de 1859, en que se dió principio á la explotación en toda la línea férrea de Córdoba á Sevilla hasta el 20 del mismo mes, han sido transportados por los trenes de dicha vía férrea 17,279 viajeros. Además, desde el 14 de junio, se han transportado 31,649 arrobas de aceite.

—Se ha autorizado al rector de la Universidad para ejecutar las obras de una sala de disección con destino á la facultad de medicina.

—El día 3 recibieron la solemne investidura de licenciados en la facultad de medicina cerca de treinta laureados.

—El día 3 de junio último, según manifestación de la Ordenación general de pagos del ministerio de Fomento, había emitidas 49,268 acciones del Canal de Isabel II.

—La recaudación por contribuciones y rentas del Estado, obtenida en el mes de mayo último, ascendió á 214.632,988 rs. 27 céntos.

—La escuela de condestables de la armada va á aumentarse con cien alumnos.

—Continúa la baja en los mercados de cereales de Castilla y se asegura que antes de un mes se tendrá el trigo á 30 rs.

—En la caja general de depósitos ingresaron durante la última semana del mes de junio 12.528,433 rs. 10 c., en metálico; y 14.684,430 reales 90 céntimos, en efectos. Se devolvieron 9.090,635 rs. 30 céntos, en metálico, y 3.314,452 reales 41 céntos, en efectos.

—Los rendimientos que ha dado la desamortización en el pasado mes de junio ascienden á 56 millones.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Las últimas funciones ejecutadas en los teatros de Madrid, han llevado á ellos bastante concurrencia, á pesar de una temperatura de la fuerza de 33 grados que hace días venimos disfrutando. El coliseo del Circo, que ya había cerrado sus puertas, volvió á abrirlas por una sola noche, con el piadoso objeto de dar una función á beneficio de una familia necesitada, poniendo en escena la graciosísima comedia del Sr. Serra, titulada *Don Tomás*. En ella trabajaron los Sres. Romea y Arjona (D. Enrique), y las Srtas. Gutierrez é Hijosa. Para todos hubo aplausos, y la concurrencia salió en extremo complacida.

También las damas que componen la Junta de

Beneficencia organizaron últimamente una fiesta en los magníficos y espaciosos jardines del Tivoli. Por demás está decir que la concurrencia se componía de lo más lujoso y aristocrático de nuestra sociedad. La música del regimiento de ingenieros tocó bellísimas piezas, y el público aplaudió mucho, tanto á los polvoristas, como los cuadros disolventes, que produjeron un excelente efecto.

La compañía que actuala en el teatro de la Zarzuela ha ido á veranear; pero este lindo coliseo continúa abierto, gracias á la prodigiosa actividad de su digno empresario el Sr. Salas, quien no perdonando medio ni sacrificio de ninguna especie para corresponder á sus constantes favorecedores, ha traído una compañía de ópera cómica francesa, á cuyo frente descuella la eminente artista Mme. Ugalde, una de las celebridades de París.

La primera ópera puesta en escena ha sido la titulada *Le Caid*, en dos actos, en la que dicha artista no desmereció en nada de la reputación y buena fama de que venía precedida, siendo aplaudida con entusiasmo, y después de concluida la ópera, llamada al palco escénico para recibir nuevos y prolongados aplausos. También fué muy aplaudido el baritono Mr. Vicent por su excelente voz y buena escuela de canto, así como también Mlle. Vade y Mr. Potel, actor cómico de mucho mérito. —La música de esta ópera es lindísima y muy superior en mérito al libreto. El teatro estaba lleno de una concurrencia escogida. El salón presentaba un golpe de vista delicioso, adornado con guirnaldas y jarrones de flores, y refrescado por medio de dos ventiladores grandes que ayudaban á conservar una fresca temperatura.

El circo de Mr. Price continúa cada vez más concurrido, y el célebre norte-americano Frank Pastor es aplaudido justamente todas las noches por la elegante concurrencia, que no se cansa de admirar las difíciles vueltas y saltos que dá sobre el caballo á todo galope, y sus elegantes y académicas actitudes. No menos aplaudidos son los hermanos Mariani, sobre todo en el sorprendente y extraordinario ejercicio *La Escalera aérea*, verdaderamente aterrador, y que siempre causa en el público una sensación profunda.

NUMA

CUESTION IMPORTANTE.

Los directores de dos periódicos de Málaga, el *Avisador Malagueño* y el *Correo de Andalucía*, nos han remitido una carta dirigida á todos sus colegas, con el fin de que tomen parte en una cuestión de trascendencia para las empresas periodísticas.

Esta cuestión se refiere á que un juez de primera instancia de dicha ciudad, apoyado en el artículo 509 de la ley de enjuiciamiento civil, pretende que dichos periódicos inserten de oficio una citación, relativa á un concurso voluntario de acreedores. Los directores de aquellos se han negado, fundándose en que ningún juzgado ha interpretado hasta ahora de ese modo el artículo de la ley, siquiera diga que dicha citación se publicará en los periódicos del pueblo, en cuyo juzgado radicare el juicio, en el *Boletín de la provincia*, y en ciertos casos en la *Gaceta del Gobierno*, y en que esa práctica sería un grave perjuicio para las empresas periodísticas, las que no tienen obligación de servir de ese modo á los tribunales.

Estamos de acuerdo con nuestros colegas de Málaga, y en pró de su opinión podemos asegurar que en Madrid hay á menudo juicios de esa especie y otros análogos, y hasta ahora nunca se han publicado las citaciones en mas periódicos que en la *Gaceta* y en el *Boletín provincial*. ¿Dónde iríamos á parar si otra cosa se hiciera?

Si el juez se apoya en el texto literal del artículo, otro tanto podrían hacer los directores del *Avisador* y del *Correo*, diciendo que la ley habla de pueblos y no de ciudades, y por lo tanto Málaga no va comprendida, porque es ciudad y tiene su *Boletín oficial*, en cuyas columnas puede llenarse el objeto de la ley.

Esperamos que este grave asunto terminará como es debido, y que el juez en cuestión se acomodará á la práctica común, seguida en la corte y demás puntos del reino, práctica que es la del sentido común.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Asmodeo, periódico semanal. Cádiz: nueva serie, desde 1.º de julio de 1859.

Esta publicación periódica, adornada de bastante buenas caricaturas, parece destinada en su fondo y forma á despertar la hilaridad en el ánimo de los lectores.

Sus artículos en prosa nos parecen los mejores, y en ellos se retratan con severa gracia aventuras y situaciones de la vida íntima, las más con mucha verdad y hasta interés positivo.

No negamos el valor de actualidad de este género burlesco y picaresco, que, bien manejado, hace parte del filosófico; mas, por lo mismo, deseamos que los redactores de la publicación extiendan lo posible los límites de su esfera crítico-literaria, con fin á producir una variedad, que interese aun á los espíritus más serios.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

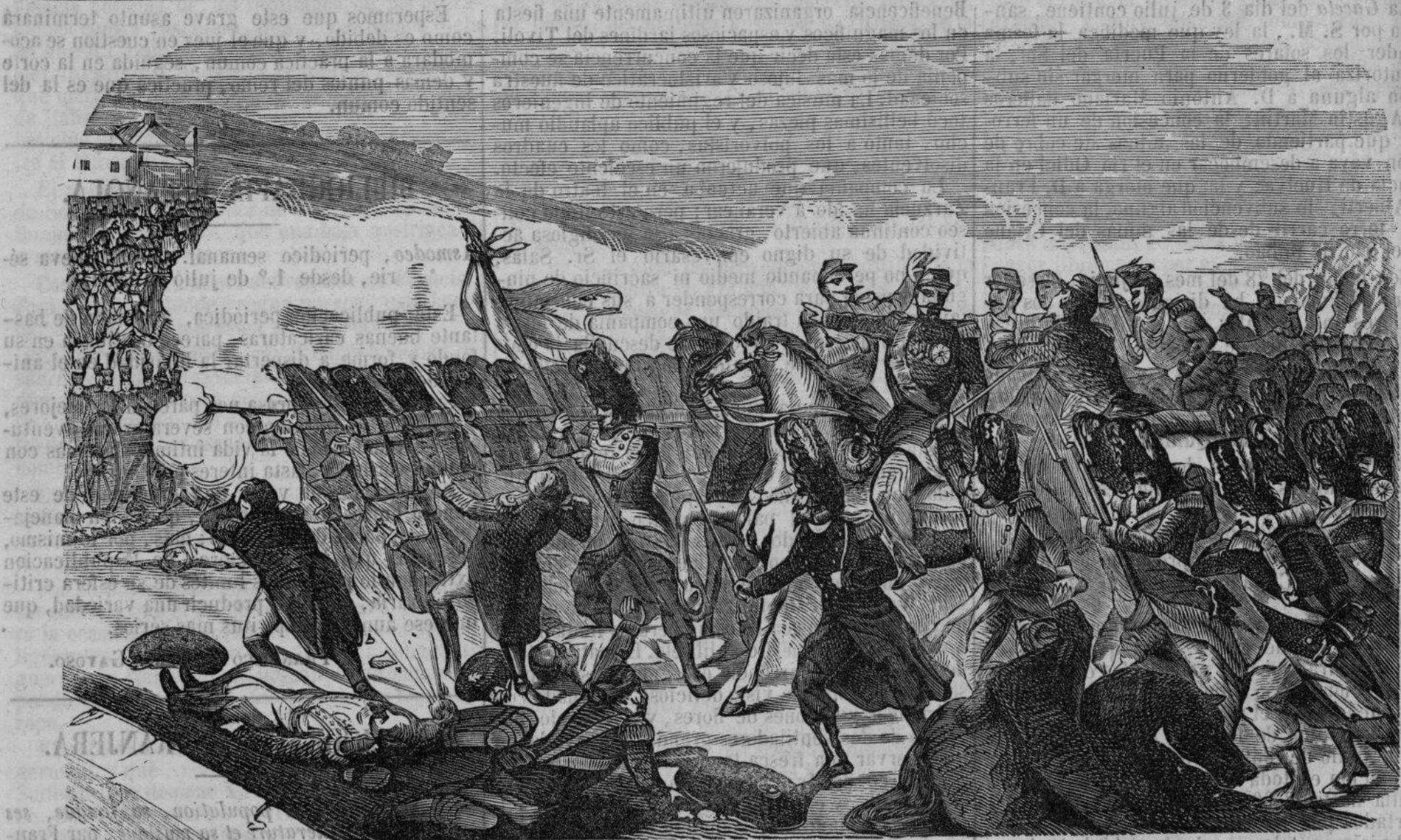
Le pays basque, sa population, sa langue, ses mœurs, sa littérature et sa musique, par Francisque MICHEL, correspondant de l'Institut de France, etc., etc. Paris, librairie de Firmin Didot.

Difícil es dar una idea del mérito y del interés que ofrezca una obra en el corto espacio que en este periódico podemos dedicar á la bibliografía extranjera; pero aun así podrá comprenderse la novedad del libro de Mr. Michel, reputado é incansable escritor francés, que acaba de darnos una prueba más de su buen gusto y laboriosidad. Esta obra forma un volumen de 547 páginas, impreso correctamente por los conocidos libreros del Instituto de Francia, MM. Didot, y abraza cuanto sobre el país vasco pueda apetecerse. La posición geográfica del país vasco, la lengua escuara, los proverbios, las representaciones dramáticas, las diversiones, las supersticiones, los descubrimientos, los usos y costumbres, son otras tantas materias que bajo la correcta pluma de Mr. Michel hacen amenísima y encantadora la lectura. En otros capítulos se ocupa el autor de los contrabandistas vascos, de los gitanos que en el país vasco se encuentran, de las poesías populares, de la música, de varios poetas, y finalmente de la bibliografía vascuence. Cuatro piezas de música enriquecen el texto, como así mismo algunas adiciones. El estado actual de continuas relaciones de los españoles de todas las provincias entre sí, hará que para conocer á fondo el país vasco, ocupe la obra de Mr. Michel un distinguido lugar en todas las bibliotecas.

J.

Les peuples du Caucase et leur guerre d'Independence contre la Russie, par Frederic BODENSTEDT, traduit par le prince E. de Salm-Kyrburg. Un vol. in-8°, Paris, 1859; Dentu.

Entre los estudios practicados acerca de la Rusia de veinte años á esta parte, merece lugar preferente el libro de Mr. Bodendstedt. En ella se estudian los pueblos del Cáucaso con precisión é imparcialidad. El autor es erudito y viajero á la par; conoce á fondo la historia de las tribus guerreras del Daghestan y de la Circasia; ha visitado parte de dichas comarcas; ha compulsado todos los testimonios de otros viajeros; y el resultado de tan afanosa pesquisa ha sido una narración, no menos docta que dramática. El prínci-



BATAJIA DE SOLFERINO. — EL EMPERADOR DANDO UNA CARGA Á LA CABEZA DE LA GUARDIA IMPERIAL.

pe E. de Salm-Kyrburg ha prestado, por tanto, un verdadero servicio con traducir la obra de Mr. Bodenstedt. Su version elegante y fiel posee el encanto de una obra original; ni se nota en parte alguna dureza ó violencia.

La claridad de los pormenores históricos, el interés de los episodios patéticos, todo se expresa con una flexibilidad de lenguaje, que garantiza con merecido éxito al trabajo del traductor.

Elle et Lui, par George SAND. Un vol. gr. in-18° jésus; L. Hachette.

Ya es conocida generalmente la simpática y elocuente historia, que no cede en verdad y atractivo á ninguna de las mas apasionadas obras maestras de Mme. Sand. Digase lo que se quiera, el sentido analisis de un caracter difícil de expresar por lo mucho que reune de inesperado y poético, y de inocente abandono, es cabalmente lo que debe ante todo notarse en el libro, considerando en él el genio del escritor, mas no la memoria de la persona. Que sin que sea visto en este trabajo el indiscreto alimento de una curiosidad profana; ¿no ofrece á los hombres pensadores bastante crecido interés en el contraste que encierra, mediante las preocupaciones materiales, que por hoy invaden cada vez mas la literatura francesa?

Intermedes et Poemes, par H. BLAZE DE BURY. Un vol. in-18°; Michel Lévy.

El autor de esta coleccion ha procurado, como lo expresa el título, producir su pensamiento poé-

tico bajo dos formas muy diversas. Ya lo reduce al terreno del drama ó de la narracion; ya lo abandona á todas las eventualidades de la expresion familiar, y aun, si se quiere, de la improvisacion humorística. Bajo esta última forma, lo confesamos, es como á nuestro parecer presenta mayor gracia y originalidad. El *diletantismo*, en lo que tiene de delicado y propiamente sublime, ¿no puede convertirse en fecundo origen de inspiracion? No puede dudarse de ello, una vez leidas ciertas paginas de *Franz Coppola*, y el final del *Sueño de Weber*. El hermanar de tal suerte la fantasia con la critica, sin quitar nada de su belleza á la primera, ni de su autoridad á la segunda, era un problema difícil, pero que nos parece haber resuelto satisfactoriamente Mr. Blaze de Bury.

Encyclopédie pratique de l'agriculteur, publiée par Firmin Didot freres, fils et C^o, sous la direction de M. L. MOLL. — Tome I. — Paris, 1859.

Apenas terminan los editores Didot la publicacion de la *Nueva Biografia general*, obra que ha requerido esfuerzos notables y gastos de mucha consideracion, cuando ya emprenden la publicacion de otro repertorio general de cierta parte de los conocimientos humanos, á saber: de la agricultura, ciencia que tan enlazada se halla con la riqueza y bienestar de las naciones. La *Enciclopedia práctica del agricultor* tendrá 15 volúmenes de unas 500 paginas, y será enriquecida por un número de grabados en boj, dibujados por Guiguet, Huyot, Lalaisse, Rouyer, Le-

blanc y otros dibujantes y escultores de no menos nombradia. El tomo I que tenemos á la vista contiene muchos artículos de verdadera aplicacion práctica, redactados con sencillez y profundos conocimientos. Nos han llamado la atencion los que llevan por título: *Administracion de propiedad rural; agricultura; aire atmosférico; alimentaciones, etc.*

Collection de Dictionnaires portatifs. — Librairie de Mr. Firmin Didot, etc. — Paris, 1859.

El objeto propuesto principalmente en esta coleccion de diccionarios portátiles, es dividir la materia, encerrando las ciencias, si podemos decirlo así, en volúmenes separados; ser concisos y claros en la esposicion de los hechos mas esenciales; unir á la baratura una forma cómoda y elegante, y dar, en fin, á cada volumen una estension regular. Para la ejecucion de esta empresa no poco importante, ha sido escogido Mr. Hoefer que, á sus vastos conocimientos científicos, reune muchos lingüísticos y personales en todos los paises, de modo que, al frente de otros colaboradores, la reunion de los trabajos tendrá la unidad y el buen desempeño apetecibles. Son varios los diccionarios publicados hasta hoy, entre los cuales citaremos como muy útiles, los de quimica y fisica, medicina práctica, geografia antigua y moderna, mitologia universal, biografia, botánica y horticultura; mineralogia, geologia, metalurgia y explotacion de minas.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, — editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 465. — *El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 469. — *Curso familiar de literatura*, por Lamarque, pág. 472. — *Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 474. — *Seccion religiosa*, pág. 476. — *Seccion científica*, pág. 477. — *Crónica estranjera*, pág. 477. — *Crónica española*, pág. 478. — *Revista de teatros*, pág. 479. — *Cuestion importante*, pág. 479. — *Bibliografia española*, pág. 479. — *Bibliografia estranjera*, pág. 479.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproduccion en todo ó en parte.